

“LA FILOSOFÍA ES COMO LA RAÍZ, LA BASE Y LA RAZÓN DE SER
DE LAS DEMÁS CIENCIAS.”

DISCURSO

LEIDO EN LA

APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA

EL DÍA 3 DE JULIO DE 1882

FOR EL

RDO. P. FR. NORBERTO DEL PRADO

DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD

—(Edición Oficial)—

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE STO. TOMÁS

Á CARGO DE D. GERVASIO MEMIJE

1882

Philosophia, a qua nimirum magna ex parte pendet celerarum scientiarum recta ratio.... Etenim a philosophia, tamquam a moderatrice sapientia. sanam rationem rectumque modum bonæ artes mutuari, ab eaque, tamquam vitæ communi fonte, spiritum haurire consueverunt.—LEON XIII, Encíclica *Æterni Patris*.

EXCMO. SR.:

ILLMO CLAUSTRO:

SEÑORES:

REANUDAR las tareas interrumpidas del profesorado, y honrar con vuestra presencia a la juventud estudiosa que viene hoy a recibir el premio de su aplicación y talento: tal es el objeto de esta solemnidad literaria y el motivo porque os habéis congregado en este paraninfo vosotros, los representantes del saber y de las letras.

Nada hay, señores, digno de mayores alabanzas que el aplicarse al estudio de la verdad para darla después a conocer a los demás; así como tampoco nada es merecedor de más graves castigos que difundir el error, descarriando las inteligencias y pervirtiendo los corazones.

Los niños de ayer son los jóvenes de hoy, y los jóvenes de hoy serán los hombres de mañana; y como los hombres instruidos son los más influyentes en la marcha de la sociedad, y los que dan el tono en todas las cosas, lo mismo en lo bueno que en lo malo; de aquí el interés grandísimo y la importancia verdaderamente trascendental de la educación literaria de la juventud.

El progreso moral de los pueblos es el reflejo de su progreso intelectual; ambos a la vez imprimen su dirección y tendencias al progreso material; y los tres juntamente constituyen unidos la verdadera civilización. El predominio sobre la naturaleza, acumulando mayor número de medios para el socorro de las necesidades de la vida; y el predominio sobre la ignorancia y los errores, atesorando mayor número de verdades; y el predominio sobre las pasiones e inclinaciones torcidas del corazón, adquiriendo en grado más perfecto mayor número de virtudes: he aquí dónde está cifrado el bienestar, la paz y el reposo, tanto de la sociedad como de los individuos que la componen.

El ilustre autor de *La verdad del progreso* dijo muy acertadamente que: «Los espíritus elevados, los corazones generosos aman y reverencian el progreso como término de un gran destino y realización de un gran mandato: *Stote perfecti sicut et Pater vester coelestis perfectus est*». Y luego añade: «El progreso católico aceptando todo lo bueno, todo lo útil, todo lo fecundo y saludable del progreso material guarda para el sepulcro un *más allá* tan dulce, y solemne, y augusto, como no lo pronunció jamás la voz de la ambición humana. ¿Por qué no ha de ser explicado y defendido este progreso que armonizando todos los intereses legítimos, es el único que conduce a la humanidad al término venturoso de su viaje?»⁽¹⁾

⁽¹⁾ SEVERO CATALINA, *La verdad del progreso*, prólog.

Así es, señores, y vosotros bien lo sabéis. Hijos como somos de la luz, amamos el progreso, y el progreso en sus tres grandes manifestaciones; y nuestro progreso es verdaderamente indefinido mientras vivimos sobre la tierra. El progreso material del cristiano entonces llegará a su colino, cuando revestido de un cuerpo glorioso e inmortal, exento de privaciones e inaccesible a los padecimientos del dolor, domine con absoluto señorío los cielos, y la tierra y los elementos todos de la naturaleza. El progreso intelectual tocará a su último límite con la vista clara de Dios en quien conocerá perfectamente todas las cosas. Y el progreso moral habrá llegado a los ápices de la perfección, cuando viendo a Dios, ame con un amor eterno a Él que es por esencia la Santidad. De esta manera el progreso material, y el progreso intelectual y el progreso moral, cuando llegan a su plenitud, se identifican y confunden en uno, son una misma y sola cosa, consistiendo en la perfecta posesión de Dios.

¡Dios! he ahí el principio, y el medio y el término del verdadero y único progreso. De Dios venimos y a Dios vamos: todo lo que nos conduzca a Dios, es bueno, es progresar; y todo lo que nos aleje de Él, es positivamente malo, es retroceder. Por esto, el progreso material ha de estar subordinado al progreso moral; pues de lo contrario, siendo de suyo muy bueno y laudable, será causa de mayores males: nada hay peor que el salvaje civilizado. Pero esta subordinación saludable, provechosa y necesaria para la paz y bienestar de la sociedad, tiene que venir del progreso intelectual, es decir, de las ideas, de la verdad de las doctrinas, de la bondad de la educación científica y literaria: el mundo moral es siempre el reflejo del mundo intelectual. Y ved aquí porqué es grande ante Dios y ante los hombres el ministerio de los que enseñan a otros la verdad, y porqué es todavía aún más grande ante el tribunal de Jesucristo y ante el tribunal de la historia la responsabilidad de los que dirigen y velan por la enseñanza, y de los que en lugar de protegerla ponen obstáculos a esa dirección y a esa vigilancia.

Sí, señores; el magisterio pertenece a la Iglesia de Jesucristo, de Ella es el reinado de las inteligencias, y a Ella sola ha sido concedido el poder de enseñar a las naciones toda verdad. No es el alambre eléctrico, ni los prodigios de la industria, ni las aplicaciones de la dinamita, lo que ha de salvar al mundo; no es el oro ni la abundancia de riquezas materiales, lo que ha de dar la paz a los imperios; porque no de solo pan vive el hombre, sino que su principal alimento son las palabras que brotan de los labios de Dios. Para las naciones, lo mismo que para los individuos no hay salvación sino dentro de la Iglesia Católica y en el nombre tres veces santo de Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia Católica, Apostólica, Romana, es columna, firmamento y Maestra de la verdad; y mientras la enseñanza no esté por Ella dirigida y vigilada, los centros de enseñanza serán un peligro permanente para las naciones que sobrecogidas de terror marchan de abismo en abismo a la disolución y a la muerte. Desde que las Universidades, no admitiendo la intervención que de justicia le corresponde a la Iglesia de Jesucristo, se han declarado libre-pensadoras, las Universidades han sido y vienen siendo foco de todos los errores y un hervidero de todas las ideas enemigas de Dios y trastornadoras del orden social.

Mas como verdades tan duras y humillantes para nuestro amor propio no agrada el escucharlas sino de labios augustos y autorizados, oigamos todos con atención las palabras

de León XIII. «La sociedad civil y la doméstica que se halla en el grave peligro que todos sabernos, a causa de la peste dominante de las perversas opiniones, viviría ciertamente más tranquila y más segura, si en las Academias, Universidades y demás centros de enseñanza se enseñase doctrina más sana y más conforme al magisterio de la Iglesia, tal como se contiene en los escritos de Santo Tomás de Aquino».⁽²⁾

Atento a salvar de ese grave peligro a la sociedad, el Vicario de Jesucristo pone especialísimo empeño en mejorar los estudios superiores y en restaurar sobre todo las ciencias propiamente filosóficas; restauración y mejora que sólo podrá llevarse a cabo, enseñándose, como él lo ordena y manda, en todas las escuelas la Filosofía del Doctor Angélico. Los estudios universitarios no florecerán hasta que el Ángel de las escuelas no vuelva a presidir los asientos de las aulas. Todas las ciencias, aun las ciencias físicas que son hoy tan apreciadas, dice León XIII ⁽³⁾ recibirán grande auxilio, y deben esperar aumento, y prometerse grandes ventajas de esta restauración de las ciencias filosóficas por Nos propuesta: de la restauración de la buena y sólida Filosofía, de la Filosofía más pura en sus doctrinas, más rica de verdades, más amplia y elevada en sus miras, más recta y universal en sus principios y consecuencias, y más vasta en fin, y más profunda, y más excelente entre todas las filosofías, de la Filosofía de Santo Tomás de Aquino.

¡La Filosofía! ¿Porqué en nuestro siglo se descuidan y hasta se menosprecian las ciencias metafísicas, mientras se cultivan con tanto ardor y esmero las ciencias utilitarias y que tienen relación inmediata con las artes, la industria y el comercio? Utilísimo es el estudio de las ciencias físicas y matemáticas, muy noble la profesión del Derecho, y sobre noble y útil, necesario el ejercicio de la Medicina; pero ¿hay algo por ventura de más alta nobleza, y de más grande utilidad, y de necesidad mayor, que poseer conocimientos profundos y científicos de las leyes generales del Universo; y de Dios, Soberano Criador de todas las cosas; y del hombre, rey de la creación corpórea; y de los deberes y obligaciones, que basados sobre el conocimiento del Sumo Bien, tenemos para con nosotros mismos, y para con los demás hombres con quienes vivimos en sociedad, y para quien Dios de quien venimos como de nuestro primer principio y a quien vamos como a nuestro fin último y supremo? ¿No es la preferencia dada a las ciencias que llaman *naturales*, y el abandono casi completo de los estudios filosóficos, la verdadera causa y principal origen de esa ignorancia tan increíble, que aun en los hombres ilustrados y de letras es fácil observar con frecuencia, acerca de los grandes problemas religiosos y morales que interesan más de cerca a la humanidad?

Hoy pues que a mí, el último entre vosotros, me cabe la satisfacción de deciros que una vez más habéis merecido bien de la sociedad y de las letras por los constantes esfuerzos y cuidadosa diligencia con que habéis procurado desempeñar los deberes del profesorado; hoy que desde esta tribuna, me complace en felicitar maestros, y a discípulos, y a toda esa

⁽²⁾ Domestica vero, atque civilis ipsa societas, quæ ob perversarum opinionum pestem quanto in discrimine versetur, universi perspicimus, profecto pacatior multo et securior consisteret, si in Academiis et scholis sanior traderetur. et magisterio Ecclesia conformior doctrina qualem Thomæ Aquinatis volumina compleciuntur. — Encíclica. *Æterni Patris*

⁽³⁾ Ibid.

ilustrada concurrencia que me está escuchando, por la pompa extraordinaria con que este año, merced a los esfuerzos y diligencia de todos, se ha celebrado en Manila la festividad del Ángel de las Escuelas, nuestro esclarecido Patrono a quien León XIII ha declarado Patrono de todos los centros de enseñanza; hoy, en este momento solemne, ante esta reunión de sabios, quiero ser eco, aunque débil, de las celestiales enseñanzas del Padre Santo, y hacer que volváis vuestros ojos hacia el Sol de los Doctores, en quien debe fijar sus miradas el sabio cristiano⁽⁴⁾, cualquiera que sea el ramo de la ciencia a que esté consagrado. La Real y Pontificia Universidad de Manila puede con razón gloriarse de haber tenido siempre por su preclaro Patrono, al Maestro de todos los que saben, a Aquel a quien el Vicario de Dios ha coronado rey del mundo de los sabios, y a quien los sabios comienzan a mirar como su modelo, guía y maestro fundando academias para aumentar la gloria de su nombre, celebrando veladas literarias para ensalzar su memoria, y escribiendo Revistas científicas de apreciable mérito para propagar y extender sus doctrinas.

Tomando, pues, por tema una de las ideas capitales que contiene la para siempre memorable Encíclica *Aeterni Patris*, quiero discurrir un rato entre vosotros sobre la subordinación que deben guardar entre sí los varios ramos de la sabiduría humana. Comparando la ciencia del hombre con la ciencia del ángel y con la ciencia de Dios, indicaré brevemente el lugar que entre los diferentes ramos del humano saber, debe ocupar la Filosofía. Y para concretar aún más mi pensamiento, diré que: *La Filosofía es como la raíz, la base y la razón de ser de las demás ciencias, pero que necesitó a su vez de la luz de las enseñanzas divinas.*

Claro está que para haber de tratar este argumento conforme a lo que pide su grandeza, sería necesario dominar las alturas de la Metafísica, y conducir de frente todas las ciencias abarcando de una mirada el enlace, correspondencia y concierto admirables que entre todas ellas existen y tan brillantemente resplandecen. Entonces un hombre de alto y excelente ingenio y de ya maduro entendimiento, pudiera poner en alarde la variedad y riqueza de sus conocimientos escribiendo un gran libro, un libro verdaderamente de oro, que colmase de regocijo a los amantes de los buenos estudios. Y digo, un libro; porque la árdua y difícil empresa de desarrollar, cual conviene, argumento tan vasto y tan por extremo grandioso, es imposible llevarla holgadamente a cabo, aun por las fuerzas de brioso y gallardo ingenio, teniendo que amoldarse a las reducidas proporciones de un discurso.

Holgárame yo que éste mío estuviese tan esmeradamente trabajado, cual de consuno lo exigen vuestro talento que reconozco, y vuestra ciencia que admiro. Pero yo no me dirijo a vosotros, que vosotros todos sabéis mucho; yo hablaré dirigiéndome a esa juventud que se agolpa en torno vuestro, ansiosa de aprender. Y puesto que vosotros me habéis también de escuchar, y ya me estáis escuchando con benevolencia sin igual, fuerza será que os contentéis con algunas ligeras observaciones sobre el tema indicado, sin novedad y de ningún valor en su fondo, sin atractivo y de escaso interés en sus formas, y evidentemente no merecedoras de vuestra atención ilustrada; o como diría Cervantes, observaciones ajenas de invención, menguadas de estilo, pobres de conceptos, y faltas de toda erudición y doctrina.

⁽⁴⁾ Eminere inter omnes Sanctum Thomam, quem in variis scientiarum studiis, tamquam exemplar, catholici Nomines intueantur.—BREVE del 4 de Agosto de 1880 *Cum hoc sit*.

I.

La ciencia total y completa es el conocimiento cierto y evidente, adecuado y comprensivo de todas las cosas con sus esencias y propiedades, con sus causas y efectos, con sus principios y consecuencias, con las relaciones que mutuamente las unen y encadenan entre sí, y juntamente las enderezan y encaminan a Dios, principio supremo de quien procede, y fin último a donde torna y va a parar todo lo que tiene ser. La ciencia perfecta es el orden real trasportado todo entero al orden ideal; es la misma realidad de las cosas, fotografiada y fielmente reproducida en la esfera del pensamiento; son las mismas cosas que viven, y tienen ser, y existen de excelente, delicada y altísima manera en el entendimiento de las naturalezas espirituales: *Dios, el ángel y el hombre*.

Conociendo, pues, la manera de existir las cosas en el entendimiento divino, y su manera de ser en el entendimiento angélico, y la manera como están o pueden estar en el entendimiento humano, habremos conocido las diferencias que caracterizan y distinguen a la ciencia del hombre, a la ciencia del ángel y a la ciencia de Dios.

¡Dios! Cuando se habla de Dios, el lenguaje de los mortales, por sublime y elocuente que sea, nunca tendrá significación perfecta ni sentido completamente adecuado. Los más inspirados cantos del poeta son sordos murmullos y palabras inarticuladas; y los conceptos más encumbrados del filósofo semejan a las ideas que de los colores y de la luz haya podido formarse el ciego de nacimiento. Las cosas que tocan a la Divinidad son sobre toda lengua, y sobre todo sentido, y sobre toda inteligencia: inenarrables, altísimas, incomprensibles.

Dios es EL QUE ES: piélago inagotable de todas las perfecciones, abismo sin fondo de todas las excelencias y océano sin riberas de todas las hermosuras. Allí en aquella Esencia Soberana, fuente del ser y de la vida, están por inefable manera la belleza de los ángeles, la grandeza del hombre, el esplendor de los astros, la inmensidad del firmamento, la anchura de la mar y la magnificencia de la tierra. Allí está la vida de todo lo que vive, y el sentido de todo lo que siente, y la inteligencia de todo lo que entiende, y el movimiento de todo lo que se mueve, y la actividad de todo lo que produce, y en fin la esencia de todo lo que en algún modo es. Allí están por altísimo modo todos los seres que componen el Universo con su prodigiosa variedad y con su unidad admirable; porque allí en la mente de Dios existen desde antes de los tiempos las ideas arquetipas de todas las criaturas, y en su Esencia increada están encerrados los eternos moldes conforme a los cuales han sido constituidas y determinadas todas las esencias creadas. Aquella Inteligencia Suprema es la medida de todas las cosas; y éstas en tanto son verdaderas en cuanto responden, imitan y se ajustan a alguna de las infinitas ideas ejemplares existentes en el entendimiento divino. «Desde la eternidad era ya el Verbo; y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él era en el principio con Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas; y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas»⁽⁵⁾. Dios crió todas las cosas por su Verbo; y por su Verbo comenzó a ser lo que antes

⁽⁵⁾ JOAN. I. 1, 2, 3.

no era. El Verbo divino es la razón suprema, el modelo increado, el prototipo eterno según el que todas las criaturas fueron hechas y criadas. Pero el Verbo es la palabra interior de Dios, es la imagen viva, perfectísima y sustancial que al conocerse eternamente forma de sí mismo Dios, es la Sabiduría y Resplandor de la gloria de Dios, es Dios. De suerte que en Dios la inteligencia es Dios, y la representación intelectual es Dios, y el objeto entendido es Dios, y el acto de entender es también Dios; y el entender, y lo entendido, y la idea por cuyo medio entiende y el entendimiento mismo es su Soberana Esencia⁽⁶⁾, una, simplicísima, purísima, perfectísima, actualidad infinita, incomprensible. Luego si todo lo que hay de perfección y de realidad está en Dios eternal y divinamente con infinita ventaja; si su Verbo en quien se hallan encerrados los tesoros de la ciencia y sabiduría divina, es causa de todas las criaturas, Dios las conoce perfectamente a todas ellas, y las conoce de una sola mirada, con aquella mirada eterna con que se conoce a sí mismo contemplando su divina esencia.

Y no porque las criaturas existen, Dios las conoce y entiende, sino porque su inteligencia infinita las ve y su voluntad omnipotente las quiere, las criaturas son y existen; y existen y son cómo y de la manera que fueron entendidas y queridas desde la eternidad, y criadas después en el tiempo conforme a su eterno entender y querer.⁽⁷⁾

Nada hay, pues, ni puede haber cosa alguna que se esconda a la mirada viva y eficaz de Dios que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, y discierne y califica los pensamientos más íntimos y las intenciones más ocultas del corazón. No hay ninguna criatura que esté encubierta en su acatamiento; todo está patente, y descubierto y desnudo a sus divinos ojos.⁽⁸⁾

Dios conoce a las cosas temporales de una manera eterna, y a las contingentes de una manera infalible, y a las variables de una manera inmutable; a las pasadas como si todavía existieran, y a las presentes como actualmente son, y a las futuras como si ya fuesen; a las posibles como a las reales, y a las que no son, del mismo modo que a las que son. La ciencia de Dios es tan vasta, tan inconmensurable, tan perfecta, y tan infinita como Dios; porque la ciencia de Dios es el mismo Dios; y el Universo con todas sus maravillas, esplendores y magnificencias, no es más que una pequeña manifestación de esa ciencia infinita, es... un solo destello de la divina Sabiduría, resplandeciendo sobre la nada.

Formando parte del Universo, pero superior a este mundo visible, hay otro invisible poblado de maravillas, distribuido ordenadamente en coros y jerarquías, lleno de concierto y de luz. Puros espíritus las criaturas que lo forman, se acercan a Dios y le retratan más vecina, y acabadamente que las criaturas del mundo corpóreo, y en tanto grado, que este mundo que vemos con toda su hermosura, variedad y consonancia, comparado con ellos, es pobreza, pequeñez y oscuridad. Este mundo invisible de que hablamos, es el mundo de los ángeles.

⁽⁶⁾ In Deo intellectus, intelligens, et id quod intelligitur, et species intelligibilis, et ipsum intelligere sunt omnino unum et idem.—SUMM. THEOL. 1.^a part. q. 14 art. 4.^o

⁽⁷⁾ Sicut scibilia naturalia sunt priora quam scientia nostra et mensura ejes; ita scientia Dei est prior quam res naturales et mensura ipsarum.—IBID. art. 8.^o ad 3.

⁽⁸⁾ Ad HÆBR. IV. vv, 12 y 13.

La vida de los ángeles es vida de inteligencia; y su acto propio es entender. Espíritus puros cuya belleza incomparable bastaría a eclipsar el brillo de las estrellas y a oscurecer los resplandores inapagables del sol, han recibido de Dios una naturaleza perfectísima y, juntamente con ella, un traslado fiel *del número, peso y medida* en que fueron formados todos los seres que componen el Universo. San Agustín⁽⁹⁾ escribe que al sacar Dios las criaturas de la nada, dejó estampada al mismo tiempo en el entendimiento angélico la imagen de todas ellas. Y Santo Tomás de Aquino⁽¹⁰⁾ enseña que cuando los mundos existentes con la variedad, hermosura y muchedumbre innumerable de los seres que los componen, procedieron del Verbo Divino en quién y por quien todo fue hecho, a cada uno de los ángeles fue comunicada una participación de las ideas divinas, eternos moldes donde las criaturas habían sido vaciadas y modeladas con sus grados, géneros, especies y variedades. De manera que todas las cosas criadas existen en la mente del ángel, no en el propio ser que ellas tienen sino según un modo de ser inteligible, no real sino ideal, no natural sino según la semejanza de la naturaleza. Y como este ser intelectual fue impreso inmediatamente por Dios en el entendimiento angélico, claro está que la ciencia del ángel ha de ser necesariamente una fidelísima reverberación de la ciencia de Dios, y sus ideas se han de ajustar exactamente con las ideas divinas. Así es que el ángel se conoce a sí mismo, entendiendo directamente su propia esencia; a Dios, en cuanto su misma esencia es un espejo brillante donde reluce la imagen de la Divinidad; a los otros seres espirituales, en cuanto lleva grabadas en su inteligencia las imágenes de todos ellos; y a las criaturas materiales, en cuanto preexisten también en su mente representaciones intelectuales que las retratan de una manera simplicísima a todas y a cada una.

Nada de cuanto pertenece al orden de la naturaleza, se escapa a su penetración⁽¹¹⁾. Él conoce todas las cosas hasta en sus últimos pormenores y en lo que tienen de más intrínseco y esencial, viendo los efectos en las causas que los han de producir y a éstas en los efectos producidos, y abarcando con su mirada clarísima todas las relaciones que tienen unas criaturas con otras, y todas ellas con Dios. Tan sólo los secretos del corazón humano se hallan encubiertos a sus ojos mientras tanto que el hombre no revele de algún modo lo que pasa en su interior rompiendo el sello con que su voluntad tiene cerrados sus íntimos pensamientos. Porque en el santuario del libre albedrío, ora sea del hombre, ora del ángel, únicamente escudriñan y ven los ojos de Dios.

⁽⁹⁾ Super GENES. ad litt. lib. 2.º cap. 8: «Qua infra angelos sunt, ita causantur, ut prius fiant in cognitione rationalis creaturæ, ac deinde in genere suo.»

⁽¹⁰⁾ Ea quæ in Verbo Dei ab æterno praeextiterunt, dupliciter ab eo fluxerunt: uno modo in intellectum angelicum: alio modo ut subsisterent in propriis naturis. In intellectum autem angelicum processerunt per hoc quod Deus menti angelicæ impressit rerum similitudines, quas in esse naturali produxit. In Verbo autem Dei ab æterno exlitterunt, non solum rationes rerum corporalium, sed aliam rationes omnium spiritualium creaturarum. Sic igitur unicuique spiritualium creaturarum a Verbo Dei impressæ sunt omnes rationes rerum omnium, tam corporalium quam spiritualium; ita tamen quod unicuique angelo impressa est ratio suæ speciei secundum esse naturale et intellectuale simul, ita scilicet quod in natura suæ speciei subsisteret, et per eam se intelligeret: aliarum vero naturarum tam spiritualium quam corporalium rationes sunt ei impressæ secundum esse intellectuale tantum; ut videlicet per huiusmodi species impressas tam creaturas corporales quam spirituales cognoscerent. — SUMM. THEOL. 1.ª quæst. 56 art. 2.º

⁽¹¹⁾ Angeli autem per huiusmodi species cognoscunt cognitione perfecta omnia naturalia; quia omnia quæ Deus fecit in propriis naturis. fecit in intelligentia angélica. — 1.ª Part. quæst. 89, art. 3.º

Y como los ángeles poseen la plenitud de la inteligencia, no hay en sus conocimientos ni dudas, ni vacilaciones, ni largos discursos, ni complicados análisis, ni combinación sintética de ideas; antes bien conocen las cosas compuestas sin necesidad de dividir, las materiales sin necesidad de abstraer, y las oscuras sin necesidad de definir, y las muy intrincadas y dificultosas sin necesidad de raciocinar. Llevando dentro de su inteligencia una copia exactísima de las formas y modelos conforme a cuya traza toda criatura fue sacada, su entender es mirar, ver y comprender; y miran con tranquilidad y reposo, y ven con distinción y claridad, y comprenden sin esfuerzo y por entero la verdad sin mezcla alguna de error. En suma: el ángel, como enseña Sto. Tomás⁽¹²⁾, es naturalmente sabio y su ciencia nació con él. El ángel fue lleno de sabiduría, y colmado de hermosura, y perfecto en sus caminos desde el día de su creación.

No acaece así en el hombre. El hombre colocado en las fronteras del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus puros, punto de confluencia donde vienen a tocarse los extremos de todas las cosas criadas, compendio y resumen del Universo en quien, para constituir su naturaleza, se juntan uniéndose substancialmente lo más alto y lo más bajo, el espíritu y la materia, el alma inmortal hija del soplo de Dios y el cuerpo corruptible formado del polvo de la tierra; el hombre, señores, aunque rey de la creación corpórea, ocupa sin embargo el último puesto en la escala de los seres inteligentes; y su entendimiento destituido en un principio de toda clase de ideas, se asemeja a un lienzo en blanco, preparado sí para recibir todo linaje de colores, pero en donde no hay absolutamente trazada aún línea ninguna.

El alma humana criada por Dios de la nada es poco menor que los ángeles; pero destinada por su naturaleza a informar y dar vida al cuerpo, tiene originariamente reconcentrada en sí misma, latente y adormecida toda su energía y actividad intelectual, la cual se excita y despierta y crece y se desarrolla y perfecciona con dependencia y sujeción de los sentidos mediante los que nos ponemos en relación y contacto inmediato con el mundo de los cuerpos. Son tan íntimas las relaciones entre las facultades del orden sensible y el entendimiento, tan grande el infuejo y simpatía que mutuamente tienen entre sí, que no obstante su real y absoluta distinción, como todas ellas radican en la esencia del alma, no se desarrolla el conocimiento intelectual sin que haya precedido el conocimiento sensitivo; y si por acaso alguno de los sentidos está totalmente impedido y privado de sus funciones, el entendimiento no logra formarse ideas adecuadas de las cosas que sólo por aquel sentido son percibidas; y en fin, como ingeniosamente observa Santo Tomás⁽¹³⁾, las cualidades y dotes de la inteligencia guardan proporción y armonía con las dotes y cualidades de las potencias del orden sensible, procediendo en parte la variedad y diferencias de talentos que se observan en los hombres, de la mayor o menor facilidad y perfección de la memoria sensible, y de la viveza, energía y brillantez de la imaginación.

En efecto, los cinco sentidos eternos son como mensajeros que dan parte y aviso al alma de lo que pasa en el Universo. Después los cuatro sentidos internos, añadiendo otras

⁽¹²⁾ In angelo non generator scientia, sed naturaliter adesi. – 1.^a Part. Quæst. 54, RT. 4.º ad 1.^{um}

⁽¹³⁾ Illi enim in quibus virtus imaginativa et cogitativa et memorativa est melius disposita, sunt melius dispositi ad intelligendum. – 1.º Part. quæst. 85, art. 7.º

nuevas noticias, reciben y guardan el mensaje que el entendimiento se encarga luego de abrir descifrando y leyendo cuantas cosas vienen dentro escritas y selladas. La imaginación, sobre todo, y la memoria sensible obrando siempre de común acuerdo conservan en depósito las impresiones recibidas por los sentidos exteriores y las reproducen creando las imágenes de cuanto los ojos vieron, y los oídos oyeron, y sintió el tacto, y el gusto y el olfato percibieron. Entonces ocurre y se verifica la creación del mundo de las ideas. La inteligencia del hombre, sublime destello de la inteligencia de Dios y semejante por tanto al Espíritu Divino cuando era llevado sobre las aguas esparciendo la vida en el Universo, aplica su fuerza creadora sobre el caos oscuro e informe de la imaginación en cuyo fondo se agitan revueltos y confusos en incesante torbellino los fantasmas de las cosas percibidas; y brotando la luz del seno de aquellas tinieblas, resplandecen las primeras ideas en el entendimiento del hombre, quedando convertidas las representaciones sensibles en representaciones inteligibles, y siendo abstraído lo universal de lo particular, y de lo contingente y pasajero lo necesario e inmutable.

De este tránsito primitivo del orden de las cosas al orden de las ideas, no conservamos, es cierto, recuerdo alguno; pero tampoco cabe dudar de su legitimidad. Dios es quien ha salvado la inmensa distancia que separa el mundo real del mundo ideal; y el puente de comunicación tendido sobre esos dos mundos alejados uno de otro por un abismo insalvable, tiene por cimientos las ideas eternas e inmutables de Dios que se reflejan por un lado en las esencias mismas de las cosas y yacían por el otro escondidas implícita y virtualmente dentro del entendimiento humano, derivación inmediata que es del entendimiento divino. El signo de igualdad entre los juicios de evidencia inmediata y la realidad objetiva de las cosas, ha sido trazado por la mano de Dios. El entendimiento del hombre se adhiere por necesidad y ve directa e inmediatamente la verdad de los llamados *primeros principios* de la razón, y con respecto a ellos goza de entera infalibilidad.

Hasta aquí todo marcha bien: los magníficos sillares que han de servir de inmuebles cimientos y de base al edificio científico, están ya labrados y firmemente asentados por la sabiduría del mismo Dios; sólo resta construir el edificio, levantarlo a su correspondiente altura y dar cima a tan maravillosa fábrica. *Hoc opus, hic labor est.*

Los primeros tesoros de verdad que el hombre logra descubrir y acumular, pertenecen al mundo de los cuerpos: las cosas materiales y sensibles bajo la forma de universalidad constituyen el objeto directo, connatural y proporcionado del humano entendimiento. Volviendo luego sobre sí propio, por el acto mismo de entender, conoce a su alma de quien procede radicalmente el pensamiento; y penetrando después más adentro en las regiones del mundo espiritual, se forma idea de los ángeles por analogía con la sustancia de su alma; y subiendo más arriba, llega hasta el trono de Dios y conoce también a Dios de quien su alma es imagen inmortal, y cuya sabiduría infinita y aun su virtud eterna y su divinidad se ven considerándolas por las obras criadas. El *ente* es el objeto extensivo, total y adecuado del entendimiento del hombre; ya porque todo cuanto conoce, lo conoce bajo la razón de ser; ya porque todo lo que es, lo puede conocer de una u otra manera.

Mas en esas largas y penosas excursiones del entendimiento humano por el mundo de la realidad, y en esas continuas idas y venidas del orden de las cosas al orden de las ideas ¡cuán grandes dificultades tiene que arrostrar y vencer! ¡en qué tenebrosa oscuridad no acontece hallarse a veces envuelto! ¡con cuánta frecuencia se pierde y se aparta del camino seguro y verdadero y en fin, cuántas y cuán lastimosas caídas da, despeñándose en el abismo de los más groseros y trascendentales errores! La naturaleza como que se complace en excitar su nativa curiosidad y en llenarle de asombro desplegando ante sus ojos la variedad y hermosura de sus galas y magnificencias, para atormentarle con más intensidad ocultándole luego tenazmente sus secretos. Minerales, plantas, animales; lo que puebla la tierra, lo que habita en la mar, lo que se produce en los aires, y lo que resplandece en los cielos: todas las cosas en lo que tienen de esencial y perfecto permanecen para el hombre impenetrablemente escondidas. Él mismo es para sí un misterio que no acierta ni a explicar ni a comprender; del mundo de los ángeles, tiene que contentarse con atisbos y flacos vislumbres de verdad; y a Dios, solo le conoce bajo símbolos y enigmas llenos de oscuras sombras.

Y como si la actividad de nuestro entendimiento no fuera de suyo muy débil y limitada, y su modo de conocer imperfecto y lento y sumamente trabajoso, allégase a esto que los sentidos externos le engañan con innumerables ilusiones, y la imaginación al suministrarle en sus representaciones la materia próxima para la elaboración de las ideas, hace esfuerzos desesperados por seguirle en su carrera entorpeciendo a cada paso su marcha y abatiendo con su peso sus más atrevidos vuelos. Y después del fondo mismo del corazón inclinado al mal desde la niñez y agitado en lo sucesivo por turbulentas pasiones, surgen y se levantan muchas veces nieblas y vapores que aumentado su innata debilidad, y la escasez de su luz, y la falta de su atención, empañan su mirada, y le ciegan, y le hacen caer en mortales desmayos. De modo que el entendimiento humano se ve sumergido y atollado por todas partes en un mar de dudas y vacilaciones, de hipótesis y teorías sin número, no sabiendo a qué atenerse en medio de tantas y tan encontradas opiniones. Y cuando a fuerza de observaciones y experiencias, de complicados análisis y de síntesis trabajosas, de intrincadas abstracciones y de enmarañados raciocinios, superando todas las dificultades, logra por fin conocer científicamente la verdad, ni conoce toda la verdad, ni aun la parte conocida la conoce de la manera más perfecta, ni de todos los modos que es cognoscible. Así es que el hombre de las criaturas materiales sabe muy poco; de sí mismo, menos todavía; de las criaturas puramente espirituales, casi nada; de Dios, respecto de lo que ignora, puede asegurarse que nada. Razón por la que el Filósofo comparaba el entendimiento humano a los ojos del ave nocturna la cual no puede mirar sin ofuscarse los resplandores del sol.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho hasta aquí, diremos con Santo Tomás ⁽¹⁴⁾ que Dios es el centro del ser, de la vida y de la inteligencia, y que los ángeles según que se aproximan o se alejan de ese centro poseen una inteligencia más o menos vigorosa y penetradora, hasta llegar al alma racional a la cual Santo Tomás apellida con expresión

⁽¹⁴⁾ In omnibus enim substantiis intellectualibus invenitur virtus intellectiva per influentiam Divini Luminis; quod quidem in Primo Principio est, unum et simplex; et quanto magis creature intellectuales distant a Primo Principio, tanto magis dividitur illud lumen, et diversificatur; sicut accidit in lineis a centro egredientibus.—Summ. THEOLOG. 1.^a part. quæst. 89, art. 1.^o

tan gráfica como profunda «una naturaleza intelectual sombreada» *naturam intellectualem obumbratam*.

Toda ciencia supone necesariamente en el entendimiento imágenes espirituales de las cosas sabidas; esas imágenes se denominan ideas; y la conformidad entre las ideas y las cosas representadas se llama verdad; y así la verdad es, según la profunda definición de Santo Tomás, ecuación de la cosa y del entendimiento: *adæquatio rei et intellectus*.

Hay ideas en la mente de Dios, ideas en la mente del ángel e ideas en la mente del hombre. En Dios las ideas son su misma esencia en cuanto eso puede ser imitada y participada de infinitos modos posibles por las criaturas; son los eternos ejemplares conforme a los que Él, supremo Arquitecto del Universo, trazó, y modeló, y dio ser, movimiento, vida, sentido e inteligencia, según le plugo, a sus criaturas. En el ángel las ideas son expresión acabada y reflejo clarísimo de las ideas divinas, y por ende imagen viva, perfecta y expresiva de las mismas criaturas. En el hombre las ideas son adquiridas por medio de una elaboración trabajosa, difícil y vacilante, y semejan a un espejo deslustrado y oscurecido donde los objetos se dibujan de una manera incompleta, oscura e inadecuada. Las ideas de Dios son causa y medida de todas las cosas; las ideas del hombre son originariamente causadas por las cosas a las cuales deben ajustarse como a su regla y norma de rectitud; las ideas del ángel ni son causa de las cosas ni causadas por ellas, sino impresas inmediatamente por Dios.

Dios es la Verdad origen de todas las verdades, y con Él estuvo siempre la sabiduría y está antes de todos los siglos, y conoce todas las cosas viéndolas en su esencia increada. El ángel entra en posesión de la verdad de una manera tranquila, instantánea e intuitiva, conociendo las cosas mirando al rostro de Dios. El hombre la adquiere de una manera discursiva, lenta, difícil y sumamente penosa, conociendo las cosas por una especie de mirada y conversión permanente hacia las cosas materiales.

En Dios el Orden ideal y real se identifican, y todo lo ve en una sola idea que es su misma esencia. El ángel ve en un número reducido de ideas más cosas que el hombre en muchedumbre de ellas; y entre los hombres mismos, como observa Santo Tomás, los de más aventajado ingenio, tienen menos ideas, aunque más universales, que los de mediano talento, y ven más lejos que éstos, y mayor número de verdades.

La ciencia de Dios es una y simplicísima como su divina esencia, es Dios. La ciencia del ángel, aunque realmente distinta de su esencia, es también una con perfecta unidad. La ciencia del hombre se halla dividida y fraccionada en cien pedazos de tal suerte que no es posible hacer que formen un todo perfecto, idéntico y uno.

Sólo Dios es infinitamente sabio; el ángel lo es de una manera perfecta, pero limitada; el hombre, siquiera sea el más sabio de los mortales, bien puede decir con Newton: *Lo que sé, es una gota de agua; lo que ignoro, el vasto e insondable Océano*.

A pesar de esto, señores, el entendimiento del hombre en medio de su extremada pequeñez está dotado de incomparable grandeza. ¿Qué no ha hecho o qué cosas ha dejado por escudriñar la inteligencia del hombre? ¿No ha medido el cerco de la tierra,

y domeñado los mares, y pesado los astros como en una balanza? ¿No ha entrado en los tesoros de la nieve y del granizo, y graduado la medida en que se reparte el calor e investigado los caminos por donde se propaga la luz contando segundo por segundo la velocidad de su carrera? ¿No ha estudiado la dirección del huracán del Norte y del remolino de los vientos, y no ha logrado encadenar el rayo haciéndolo conductor de su palabra? Y recientemente ¿no ha conseguido archivar la voz humana, estereotipando su sonido sobre una lámina de estaño? Asombrado el hombre al escuchar el concierto y armonía con que los cielos, la tierra y el mar cantan la gloria de su Hacedor, ha recorrido la tierra en ancho y en largo, se ha paseado por el profundo del abismo, y se ha remontado por los aires y ha penetrado en las entrañas del globo haciendo el recuento de todas las maravillas del Universo. Todo es objeto de sus estudios e investigaciones, desde Dios hasta el hombre, desde ese ejército de estrellas que brillan gloriosamente en las alturas del firmamento hasta el último átomo de materia que duerme en el corazón de los montes.

Señores, la grandeza de nuestro entendimiento es real, y su fuerza es verdaderamente portentosa. Destello sublime e inmediato de la Inteligencia Suprema, participación de la actividad infinita de Dios y reflejo de su claridad y lumbre, como lo llama profundamente Santo Tomás ⁽¹⁵⁾, el entendimiento del hombre lleva encerrados en su seno los gérmenes de toda verdad; y apenas se excita su actividad natural mediante el previo ejercicio de los sentidos, cuando esos gérmenes que preexistían virtualmente y como latentes, toman cuerpo, crecen y se desarrollan pasando a ser explícitos, formados y actuales. Entonces la luz de las ideas eternas, necesarias e inmutables participadas de la esencia de Dios, brota espontáneamente y se derrama en brillantes raudales inundando de claridad el fondo de la razón.

Fecundado ya el entendimiento con las ideas fundamentales del Orden científico, cuya relación entre sí percibe sin esfuerzo y ve al primer golpe de vista, la creación del mundo intelectual de las ideas se va luego ordenando, y distinguiendo y esclareciendo hasta adquirir su ornato y perfección de una manera gradual y sucesiva, y mediante trasformaciones maravillosas y vicisitudes sucesivas, que guardan, por decirlo así, cierta analogía con las vicisitudes y trasformaciones que se sucedieron en los días de la creación del mundo real de los cuerpos.

En efecto el entendimiento del hombre con esa actividad que refleja la actividad que bulle en el seno de Dios, agitando, removiendo y trasformando las representaciones sensibles de la imaginación, percibe incesantemente nuevas ideas, y juzga comparándolas, y discurre combinando entre sí los juicios ya formados, y finalmente entiende discuriendo. A la luz de las verdades primarias y universalísimas, base del edificio científico, marcha a la conquista y descubrimiento de las verdades particulares y secundarias; con la evidencia inmediata de los primeros principios de la razón, hace visibles las conclusiones más lejanas hallando el

⁽¹⁵⁾ *Ipsam enim lumen intellectus, quod est in nobis, nihil est aliud quam quædam participata similitudo Luminis Increati, in quo continentur rationes æternæ. Undo dicitur (Palm. IV. 6): Multi dicunt: Quis ostendit nobis bona? Oui quæstioni Psalmista respondit dicens: Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine; quasi dicat: Per ipsam sigillationem divini Luminis in nobis omnia demonstrantur.—SUMM. THEOLOG. 1.^a Part. quæst. 84 art. 5.º*

íntimo enlace que une a éstas con aquéllos; y abstrayendo, dividiendo y definiendo, ora por el camino de la inducción, ora por el de la deducción, llega felizmente al término de su viaje entrando de lleno en posesión de la verdad, objeto ansiado de sus trabajosos discursos.

En fin las ideas se comparan, se clasifican y se colocan por grupos separados; los juicios que resultan de la comparación de las ideas, se combinan a su vez de mil infinitas maneras, y se ventilan y discuten hasta esclarecer la verdad; luego las verdades ya esclarecidas se aproximan unas a las otras, y se enlazan fuertemente y se encadenan; y después en torno de algunas pocas verdades primarias que sirven de núcleo y forman como centros de atracción y de energía, véñse últimamente girar fragmentos luminosos de esas verdades encadenadas, surgiendo así del caos informe de la imaginación iluminado por la luz intelectual la brillante y magnífica variedad del saber humano. Así también al imperio de la palabra divina brotó la luz del fondo de las tinieblas que cubrían la faz del abismo, y del caos desordenado de la materia puesto en movimiento por el Espíritu de Dios salieron los cielos y la tierra con toda su gala, magnificencia y esplendor.

Esa diversa variedad del saber humano es de dos maneras: la una muy notable y hondamente marcada, la otra no tan visible ni profunda, bien que ambas sean reales y verdaderas. Al buscar la razón de esas dos clases de diferencias que se descubren en las ciencias humanas, han tornado los sabios opuestos caminos, creyendo encontrarla unos, como Bacón de Verulam, en la diversidad de las facultades cognoscitivas del hombre, y pensando hallarla otros, como J. Ampere, en las mismas diferencias de los seres que componen el Universo.

El Canciller inglés clasifica todo el caudal de nuestros conocimientos en estos tres grandes grupos *Historia, Poesía y Filosofía* en relación con las tres facultades fundamentales de nuestro espíritu, la memoria donde tiene su asiento la historia, la imaginación donde crece y se desarrolla la poesía, y la razón donde ha colocado su trono la filosofía. Después de dividir la poesía en varias especies, divide la historia en natural y civil, y luego la filosofía en relación con sus tres grandes objetos Dios, la naturaleza y el hombre. Alléjanse a éstas otras muchas divisiones y subdivisiones llenando con ellas su voluminosa obra *De Augmentis scientiarum* donde escribe algunas cosas buenas y otras desacertadas, muchas útiles y curiosas y bastantes de escasísima importancia.

Ampere partiendo de las diferencias reales de los objetos, divide primeramente las ciencias en *cosmológicas* las cuales versan sobre los objetos materiales, y en *noológicas* que tratan de los seres espirituales. Las cosmológicas subdividense en otros dos grupos: uno que encierra las ciencias físicas y matemáticas; y el otro que comprende las ciencias naturales, la fisiología y la medicina. Las noológicas se clasifican también en dos diversas secciones: la primera abraza las ciencias filosóficas y dialegmáticas y bajo estas se comprenden las letras y bellas artes; y la segunda se compone de la historia y de las ciencias político-sociales.

Pero nadie, como Santo Tomás, supo distribuir las ciencias en géneros y especies, ni nadie, como él, señaló la ley que contiene la razón suficiente de su clasificación. Santo Tomás no busca el origen de esa diversidad precisamente en la diferencia de las facultades cognoscitivas del hombre, porque si bien la verdad está en relación con todas ellas, sólo en

una tienen las ciencias su morada, a saber, en el entendimiento; aun más, de entre las tres operaciones fundamentales del entendimiento, que son la simple percepción, el juicio y el raciocinio, sólo en el juicio se encuentra con perfección y propiedad la verdad lógica o de conocimiento. Tampoco apela a la diversidad de los seres que componen el Universo; porque, ya lo hemos visto, el ángel conoce todas las cosas naturales hasta en sus últimas diferencias, y sin embargo su ciencia no está dividida y fraccionada como la nuestra; y la ciencia de Dios que comprende todo lo que fue, lo que es, lo que será y lo que puede ser, se encierra en una sola idea que es infinita y no se distingue de su propia esencia que es ilimitada: esencia, idea, ciencia, que son una misma cosa, Dios, la verdad misma, la plenitud de la verdad.

¿A dónde, pues, irá a buscar el Doctor Angélico el origen de las diferencias que fraccionan y descomponen la unidad del saber humano? Escuchad, señores; que una sola palabra caída de sus labios os dará la clave de todo: La *inmaterialidad es el origen y raíz de la inteligencia y de la inteligibilidad*⁽¹⁶⁾— Señores, estas palabras encierran todo un mundo de ideas, y revelan al pensador más profundo de los siglos. Estas palabras «quitan, dice Balmes, a todas las cosas materiales el carácter de »*inmediatamente* inteligibles, por manera que finjiendo un puro »espíritu a quien no se hubiese dado una idea del Universo corpóreo, nada conocería de éste aunque estuviese en medio del »mismo por toda la eternidad⁽¹⁷⁾.» Estas palabras, arrojando raudales de luz sobre los más oscuros problemas de la ideología, contienen la explicación más razonable y satisfactoria de lo infinitamente perfecta que es la ciencia de Dios, de la perfección relativa de la ciencia del ángel, y de las imperfecciones y divisiones de la ciencia del hombre.

Según Santo Tomás⁽¹⁸⁾, las cosas son inteligibles en cuanto están en acto, y no en cuanto están en potencia. Los ojos ven, no lo que puede ser colorado, sino lo que lo es ya actualmente. Del mismo modo el entendimiento conoce lo que es, lo verdadero; y cuanto mayor grado de perfección encierran las cosas, tanto son de suyo más inteligibles. Y así las criaturas espirituales son más inteligibles que las criaturas corporales, porque son más perfectas, más verdaderas. Dios, perfección infinita, y fuente de todo ser y origen de toda verdad, es infinitamente inteligible; y la nada no puede terminar el acto de ningún entendimiento, porque la nada no puede ser entendida, porque entonces dejaría de ser nada. Y por más extraño que parezca, observa a este propósito el Cardenal Cayetano⁽¹⁹⁾, el Orden de los entendimientos es inferior al de las cosas inteligibles y se necesita más perfección para

⁽¹⁶⁾ Immaterialitas alicujus rei est ratio quod sit cognoscitiva; et secundum modum immaterialitatis est modus cognitionis... Unde cum Deus sit in summo immaterialitatis, sequitur quod ipse sit in summo cognitionis.—SUMM. THEOLOG. 1.^a Part. quæst. 14, art. 1.^o—Ex hoc est aliquid intelligibile actu quod est immateriale... Formæ autem in materia existentes non sunt intelligibiles actu.—Ibid. quæst. 79, art. 3.^o Intelligibile autem in actu non est aliquid existens in rerum natura, quantum ad naturam rerum sensibilibus, quæ non subsistunt præter materiam.—Ibid. ad 3.^{um}

⁽¹⁷⁾ *Filosof. fundamental*, tomo 1.^o lib. 1.^o cap. 12.

⁽¹⁸⁾ SUMM. THEOLOG. 1.^a Part. quæst. 87, art. 1.^o

⁽¹⁹⁾ Si enim perfectio intellectus quam ex se habet, sufficit ad hoc, quod intelligat, et non ad hoc quod intelligatur, necessario sequitur quod plus perfectionis requiritur ad hoc quod aliquid intelligatur quam ad hoc quod aliquid intelligat... Videtur mihi quod formaliter loquendo de intellectu et intelligibili, ut sic, superior simpliciter sit ordo intelligibilium.—CARDENAL. CAJETAN. in 1.^{am} Part. SUM. THEOL. quæst. 87, art. 1.^o

ser entendido que para entender. Todo ser inmediatamente inteligible es inteligente, y no todo ser inteligente es de hecho para sí mismo inmediatamente inteligible. Nuestra alma tiene por sí misma la facultad de entender, y no tiene la de ser directamente entendida.

La esencia de Dios (continúa hablando Santo Tomás) es absoluta y perfectamente inteligible por sí misma, porque es un acto puro y perfecto; y de aquí es que por ella Dios se conoce a sí mismo y a todas las cosas. La esencia del ángel pertenece al género de las cosas inteligibles en cuanto es acto; pero como no es acto puro ni completo, su entender no se completa por su esencia; y así el ángel se conoce así mismo por su esencia, y a las demás cosas por las ideas que las representan. El entendimiento humano, en el género de las cosas inteligibles, se halla como un ser en potencia tan solamente; por lo cual, considerando en su esencia tiene facultad para entender, mas no para ser entendido sino en cuanto se pone en acto. Ahora bien; es natural a nuestro entendimiento en la presente vida el entender con relación a las cosas materiales, y por otra parte las cosas materiales no son inteligibles sino en cuanto están abstraídas de la materia, de aquí que todo conocimiento intelectual y científico suponga necesariamente en el hombre *abstracción*. Pero el grado y forma de la abstracción, no es ni puede ser igual en todas las ciencias. Hay ciencias que sólo prescinden de lo únicamente necesario para ser ciencias, a saber, de las condiciones individuales; las hay que prescinden además de las cualidades sensibles; y las hay, en fin, que prescinden de la materia, no sólo en cuanto es singular y sensible, sino también en cuanto es extensa.

Estos tres grados de abstracción constituyen, según Santo Tomás,⁽²⁰⁾ la diversidad genérica de las ciencias, formando el primer género las *ciencias físicas*, el segundo las *ciencias matemáticas* y el tercero las *ciencias metafísicas*. Las ciencias físicas excluyen de la materia únicamente la singularidad, pero la consideran en cuanto modificada por la extensión, la dureza, la gravedad y demás propiedades generales de los cuerpos y en cuanto puede ser alterada e inmutada por el calor, la luz y demás cualidades sensibles. Las ciencias matemáticas consideran la materia despojada de toda cualidad sensible, y sólo en cuanto está sujeta a la extensión o como principio y elemento de cantidad. Y finalmente, las ciencias metafísicas prescinden por completo de la materia y de todas sus modificaciones, y entre los objetos de su consideración se cuentan Dios, el ángel y el alma humana.

⁽²⁰⁾ Secundum ordinis remotionis, et a materia, et a motu, scientiæ speculativæ distinguuntur. Quædam igitur sunt speculabilia, quæ dependent a materia secundum esse, quia non nisi in materia esse possunt, et hæc distinguuntur; quia dependent quædam a materia secundum esse et intellectum, sicut illa in quorum definitione ponitur materia sensibilis: unde sine materia sensibili intelligi non possunt; ut in definitione hominis oportet accipere carnem et ossa, et de his est Physica, sive scientia naturalis. Quædam vero quamvis dependeant a materia secundum esse, non tamen secundum intellectum, quia in eorum definitionibus non ponitur materia sensibilis, ut linea et numerus: et de his est Mathematica. Quædam vero sunt speculabilia quæ non dependent a materia secundum esse, quia sine materia esse possunt; sive nunquam sint in materia, sicut Deus et angelus, sive in quibusdam sint in materia et in quibusdam non, ut substantia, qualitas, potentia et actus, unum et multa, et huiusmodi, de quibus omnibus est Theologia, idest, scientia divina quia præcipuum cognitorum in ea est Deus. Alio nomine dicitur Metaphysica, idest, trans Physica, quia post Physicam discenda occurrit nobis quibus ex sensibilibus competit in insensibilia devenire. Dicitur etiam *Philosophia prima*, in quantum scientiæ aliæ ab ea principia sua accipientes, eam sequuntur.—*Opusc. LXX, sive præclaræ quæstiones Divi Thomæ Aquin. super Boetium, de Trinitate quæst. 5.*^a

La abstracción de la materia, dice el Cardenal Cayetano⁽²¹⁾, es una especie de luz que vigoriza nuestro entendimiento para conocer la verdad; y cuanto esa abstracción es más completa, la luz es de suyo tanto más pura y clara. Por esta razón, añade, en las ciencias físicas, si la abstracción de las condiciones individuales dá luz a la inteligencia, esa luz hállese no obstante mezclada por las sombras que proyectan sobre ella las cualidades sensibles de las cuales no prescinde. En las ciencias matemáticas esa luz es mucha más pura y abundante, pero todavía está sombreada por su proximidad a la materia de que no le es dado prescindir por completo, al paso que en las ciencias metafísicas esa luz brilla con toda su pureza, claridad y esplendor sin mezcla alguna de sombras.

Mas como el entendimiento del hombre, aun presupuestas esas tres formas generales de abstracción, no es capaz de abarcar todas las cosas a la vez bajo todos sus aspectos, vése obligado a ir examinándolas gradualmente colocándose en diferentes puntos de vista para llegar al conocimiento de toda la verdad. De estos diferentes puntos de vista especiales o sea de la diversidad de los primeros principios que sirven de base para las investigaciones acerca de un objeto dado, trae origen la diversidad específica de las ciencias. De modo que las cosas sobre que versa una ciencia, constituyen su objeto *material*; la razón particular que la ciencia busca en esas cosas sobre que versa, o séase el punto de vista especial desde donde considera su objeto *material*, llamase su objeto *formal*, el cual la distingue de cualquier otra ciencia y la comunica su carácter específico; y el grado de abstracción con que examina su objeto formal, determina el género a que esa ciencia pertenece. Y así, bajo uno u otro de aquellos tres géneros están contenidas todas las especies y variedades de la sabiduría humana.

Tal es, señores, la teoría del Doctor Angélico sobre la división y clasificación de las ciencias, teoría fundada en la observación y naturaleza misma de las cosas, teoría la más ingeniosa, la más profunda y filosófica de cuantas se han excogitado para señalar la verdadera razón de la diversa variedad del saber humano en la vida presente. Del saber humano, que fraccionado de mil maneras, semeja a los restos de un grandioso y magnífico edificio, cuarteado ya desde muy antiguo, y demolido casi hasta los cimientos. Del saber humano, que más bien que verdadera ciencia, es, como lo llama Balmes, *una antorcha que suele servir para ver la existencia de abismos, no para penetrar su fondo*. Del saber humano, que, como ya dijo el Dante, *aquí en la tierra no es más que humo, y sólo allá en el cielo será verdadera luz*.

Sólo en el cielo se llenarán los inmensos vacíos que separan unas ciencias de otras; y nuestra ciencia será perfecta y verdaderamente trascendental, cuando veamos a Dios cara a cara y contemplemos sin velo la plenitud de toda verdad.

⁽²¹⁾ Speculabile est per proprias differentias ipsius speculabilis quæ penes diversitatem modi abstrahendi a materia sumuntur. Ita quod primo ratio entis in entitatem simpliciter, quantitatem, et mobilitatem, et deitatem. Et ex hac fluit alia divisio scibile per lumen metaphysicale, id est, medium illustratum per abstractionem ab omni materia: et per lumen mathematicum, id est, medium ilustratum inmaterialitate sensibili, obumbratum tamen materia intelligibili: et per lumen physicum obumbratum, id est, medium obumbratum materia sensibili, illustratum autem ex separatione individualium conditionum; et per lumen divinum, id est, medium divino lumine fulgens, quod scibile Theologium constituit.—COMMENT. CARDINAL, CAJETANI in 1^{am} Part. SUMM. THEOL. quæst. 1.^a art. 3.^o

Sin embargo, aun en la tierra se vislumbran algunas sombras de aquella perfecta unidad que en el cielo nos llenará de asombro y nos colmará de regocijo. El concierto, la unidad de plan y consonancia admirable que resplandece en el Universo, parece reflejarse y brillar en la esfera del pensamiento. El mundo de las ideas, como el mundo de los cuerpos, está gobernado también por las leyes de la atracción universal.

Sí; cómo es admirable y portentoso el orden con que los astros marchan sin detenerse por los caminos que el dedo de Dios les trazara en las inmensidades del firmamento, girando cada cual en diferente órbita, con movimientos rápidos y velocísimos unos, más lentos y pausados otros, pero moviéndose siempre todos alrededor del sol que fija en uno de los focos de todas aquellas colosales elipses, da luz, movimiento y vida a todo el sistema planetario; de parecido modo, en el mundo intelectual, en el cielo de la inteligencia humana, cada ciencia tiene su esfera que le es propia, y por ella gira y en ella se mueve, adelanta y avanza con desahogo sin que entorpezca su movimiento progresivo la marcha y adelantos de las demás; y todas ellas, más o menos lejano tienen y reconocen por centro de atracción y de vida, hacia el cual gravitan, a la Filosofía en su más alta y noble representación que es la *Metafísica*, de la cual reciben las ciencias sus principios, y de cuyas trascendentales cuestiones brotan torrentes de luz, que se esparcen y derraman, alumbrándolo, por todo el mundo de la verdad.

Y, a la manera que entre los mismos planetas los hay que tienen a su vez satélites o lunas cuyo movimiento regulan y presiden, así también entre las ciencias inferiores hay unas subalternadas propia y rigurosamente a las otras, tomando aquéllas por principios las conclusiones de éstas; si bien la *Metafísica* es siempre la que imprime a todas fuerza, movimiento y vida.

La *Metafísica* es la reina entre las ciencias, como el sol es el rey entre los astros.

En esto están contestes todos los sabios cuya inteligencia vastísima abrazaba todos los ramos del saber, desde Aristóteles hasta Leibnitz, desde Santo Tomás hasta Balmes.

Escuchemos al Ángel de la escuelas.

Muchedumbre sin subordinación, dice Santo Tomás, república sin príncipe estaría en continuo alboroto y en la más completa anarquía. Por eso, donde quiera que existan muchas cosas ordenadas a un fin común, es necesario que una de ellas las dirija y gobierne, si es que han de conseguir el fin a que se ordenan. En el hombre, el alma como superior manda naturalmente al cuerpo, y el cuerpo obedece sus mandatos; y entre las potencias mismas del alma, unas son movidas por otras, y todas ellas, para que haya orden, deben ser moderadas por la razón. Siendo, pues, las ciencias y las artes muchas y muy diversas, y ordenándose todas ellas a un solo fin que es ennoblecer y perfeccionar al hombre (perfección y ennoblecimiento que llegarán a su colmo cuando vea a Dios fuente de toda verdad), es de todo punto necesaria una ciencia que dirija y gobierne a las demás y dicte leyes a la república de las letras; y como dirigir y ordenar es propio del sabio, esa ciencia suprema y reguladora debe ser apellidada *sabiduría*. Entre los hombres, los de ingenio más vivo y despierto y de mayor sagacidad y prudencia son los naturalmente llamados para mandar y dirigir a los faltos de experiencia y

de más tarda comprensión. Pues así entre las ciencias, la que sea más noble y digna, la que revista mayor perfección intelectual, la que sea *más ciencia*, a esa pertenece de derecho la supremacía y el imperio.

Ahora bien: una ciencia es tanto más noble, digna y perfecta, cuando más universal y elevado es su objeto; y esto, dice el Doctor Angélico,⁽²²⁾ por tres razones principales. Primera; porque siendo toda ciencia un conocimiento o reunión de conocimientos ciertos y evidentes adquiridos por demostración, se requieren proposiciones de evidencia inmediata que sirvan de base a la razón en sus investigaciones científicas; las cuales proposiciones se denominan por esta causa *primeros principios* de la ciencia. Y claro está que los primeros principios, y las mismas investigaciones científicas, que se refieren a un objeto más universal, han de contener en su seno los principios de las ciencias inferiores y constituir el fundamento racional de sus deducciones más o menos científicas. Segunda: porque en la universalidad misma de su objeto están incluidos los objetos de las *ciencias* inferiores, y es fuerza que éstas tiendan a buscar su unidad en la ciencia más universal. Tercera: porque cuanto más alto y elevado sobre la materia es el objeto de una ciencia, tanto es mayor su dignidad y excelencia; pues siendo la inmaterialidad raíz de la inteligibilidad, ese objeto es de suyo más claro y manifiesto e inteligible, y por consiguiente la ciencia que lo investiga tiene que estar dotada de mayor certeza y de mayor perfección intelectual; en una palabra, es *más ciencia*.

Luego las ciencias que abstraen de toda materia son más dignas y excelentes aún que las ciencias matemáticas; y las ciencias matemáticas son más nobles y elevadas que las ciencias físicas, las cuales, aunque excelentes y muy provechosas, constituyen una jerarquía inferior ocupando la última línea entre las diferentes ramas del saber humano. Luego la ciencia príncipe, la ciencia más digna, noble y elevada, la *sabiduría* entre las ciencias, es la Metafísica que, considerada según toda su amplitud, tiene por objeto *el ser abstraído y separado de toda materia*, bien sea con separación lógica o ideal, como las razones de esencia, de unidad, causa, efecto, sustancia y otras análogas; bien sea con separación real y efectiva, como el alma humana, el ángel y Dios. Luego la Metafísica es cual luz poderosa y brillante que fecundiza y dirige a todos los ramos del saber, es... el sol entre las ciencias.

Más todavía. Todas nuestras ideas son aspectos de una sola idea; y todas nuestras ciencias se hallan contenidas y como replegadas en una sola ciencia. Aquella idea es la idea de *ser*; y esta ciencia es la Ontología o Metafísica general. La Ontología encierra todas las ciencias en miniatura; y cuando se la ha desenvuelto completamente, se ha examinado bajo uno u otro aspecto todo lo que la humana inteligencia puede científicamente conocer acerca de Dios, acerca del hombre y acerca del Universo. La idea de *ser* es la idea primogénita de nuestro entendimiento, es la luz del mundo de las ideas; y en torno de ella agrúpanse,

⁽²²⁾ Omnes autem scientiæ et artes ordinantur in unum, scilicet, ad hominis perfectionem; quæ est ejus beatitudo. Unde necesse est, quod una earum sit aliarum omnium rectrix, quæ nomen *Sapientia* recte vindicat... Illa scientia quæ primas causas considerat, videtur esse maxime aliarum regulatrix... Illa scientia maxime est intellectualis, quæ circa principia maxime universalia versatur; quæ cum maxime intellectualis sit, est aliarum regulatrix. Scientia quæ de istis rebus (quæ abstrahunt omnino a materia sensibili) agit, maxime videtur esse intellectualis, et aliarum princeps sive domina.— SANCT. THOM. in 12 lib. Metaphys. exposit. prolog.

formando áureo cerco, las otras ideas fundamentales de nuestro espíritu, conviene a saber: las ideas de unidad y de número, de identidad y distinción, de esencia y existencia, de bien y de mal, de causa y de efecto, de sustancia y accidente, de absoluto y relativo, de finito e infinito, de contingente y necesario, de mutable e inmutable, de permanente y sucesivo, de extensión, de tiempo y de espacio y otras análogas. Estas ideas generales son lo que Santo Tomás llama *concepciones comunes* del espíritu humano; y de su combinación resultan los primeros principios, base del raciocinio, que germinan y brotan igualmente en todos los entendimientos. Patrimonio intelectual del linaje humano todos los hombres están en posesión de ellas; y si no les preguntáis *lo que son*, conocen bien lo que ellas significan; pero si les rogáis que os las expliquen, no sabrán qué contestaros⁽²³⁾. Expresión como son del sentido común aparecen claras y sencillas; cimientos del edificio científico, únicamente pueden medir su profundidad, su longitud y su anchura los talentos de primera magnitud.

A estas ideas universalísimas Ráulica las apellida «moneda de las inteligencias o el medio de las comunicaciones y de las transacciones intelectuales», y Balmes las compara a rayos de luz que pasando sucesivamente por innumerables prismas y reflejándose en muchos espejos presentan infinita variedad de colores, matices y figuras. Si cupiera decirlo así, diríamos que eran las columnas de Hércules del mundo intelectual humano y que sobre ellas estaba escrito el *non plus ultra* de nuestros conocimientos. Porque de ellas parte el sabio en busca de la verdad; y en ellas está colocado el faro luminoso que alumbra las dilatadas regiones que ofrecen objetos a nuestra actividad intelectual; y a ellas, cuando regresa de su viaje, vuelve de nuevo para cerciorarse de haber encontrado los tesoros que buscaba. Junto a ellas está el punto de partida y a la vez el punto de regreso; y cuando nuestro espíritu toca ahí, se detiene y hace alto, porque toca los límites de la razón al par que las cimas de la ciencia. No es dable ir más allá; y si alguna vez la razón intenta penetrar más adentro, se confunde, vacila y siente los horrores del vacío, porque más allá no hay nada sino la locura.

Esas ideas universalísimas forman la trama de todos nuestros conocimientos; y de su diversa combinación y enlace con la sensibilidad, ora interna, ora externa, resulta tejida la tela de todo nuestro saber; y del modo de entenderlas y explicarlas provienen todos los grandes aciertos y todos los grandes errores. Aplicadas esas ideas a nuestros estudios sobre el hombre y combinadas con los fenómenos de conciencia o sentido íntimo, dan origen a la Psicología; aplicadas a los actos de la voluntad en sus relaciones con el bien y el fin último, dan por resultado la Ética; aplicadas a las operaciones del entendimiento en su relación con la verdad y con el modo de adquirirla, constituyen la Ideología y la Lógica; aplicadas al mundo de los cuerpos y combinadas con el testimonio de los sentidos externos, producen la Cosmología; y aplicadas a nuestras especulaciones acerca de Dios, engendran la Teodicea.

Todas las ideas del hombre son determinaciones y aplicaciones de la idea del *ente*; todos los principios científicos son aplicaciones del principio de contradicción; y todas las ciencias filosóficas son determinaciones y aplicaciones de la Ontología. La Ontología es

⁽²³⁾ A todas ellas puede hacerse extensivo lo que San Agustín decía de la idea del tiempo. ¿Qué es el tiempo? Si no me lo preguntan, lo sé; si lo quiero explicar, no lo sé: *Quid ergo est tempus? Si nemo ex me quærat, scio; si quærenti explicare velim, nescio.*—*Lib. 11 Confes. cap. 14.*

la ciencia del *ser* en general, la Cosmología es la ciencia del *ser* corpóreo, la Psicología es la ciencia del *ser* humano, la Lógica la ciencia del *ser* ideal de pura razón, y la Ideología la ciencia del *ser* ideal real, la Ética la ciencia del *ser* moral, la Teodicea la ciencia del *Ser* Divino; y, como observa con profundidad ingeniosa el sabio Cardenal Zigliara, la Teodicea, y la Ética, y la Lógica, e Ideología, y la Psicología y la Cosmología son la Ontología singularizada y en concreto⁽²⁴⁾. La Ontología ocupa el centro, y las demás están colocadas a su alrededor cerrando el círculo de nuestros estudios en las regiones de la Metafísica; y todas ellas reunidas forman y componen la Filosofía que es: *El conocimiento científico y racional, pero relativamente general, de Dios, del mundo y del hombre, adquirido con las fuerzas propias de la razón humana.*

Y sobre esta anchurosa base de la Filosofía descansa sólidamente cimentado todo el edificio de las ciencias.

Antes de emprender el estudio de los seres, de sus propiedades y de sus relaciones en *particular*, es útil, importantísimo, indispensable el conocimiento científico de los seres, de sus propiedades y de sus relaciones en *general*. El estudio de la Filosofía es necesario para adquirir con perfección las ciencias inferiores y para poder resolver sus demostraciones

⁽²⁴⁾ Scientiæ cosmologica, psicologica, moralis et Theologia naturalis non aliud sunt quam applicationes ontologicae singulis objectis uniuscujusque scientiæ.— SUMM. PHILOSOPH., volúm. 2.º Lib. 4.º *De intellectu* cap. 3 art. v.—Todo el edificio de las ciencias, dice Balmes, todos los conocimientos humanos se fundan en un pequeño número de ideas matrices. Cuanto hay en el orden intelectual se puede encerrar en las categorías, las que, ora se adopten las de Aristóteles, ora las de Kant u otro cualquiera, siempre se reducen a muy pocas.—*Filosofía fundamental*, lib. 4.º, cap. 5.º—La idea del ser en su mayor universalidad es la idea matriz fundamental en cuyo alrededor se agolpan todas las otras. De la idea del ser brota el principio de contradicción con sus infinitas aplicaciones a toda clase de objetos; de ella dimana también las de sustancia y accidente, de causa y efecto, de necesario y contingente, y cuantas se encierran en la ciencia ontológica que por esta razón se llama Ontología o ciencia del ente.—Id. lib. 4.º, cap. 21.—Las ideas de número, de causa, de sustancia son fecundas en resultado, y se aplican a todos los ramos de las ciencias. Apenas se puede hablar sin que se las exprese; diríase que son elementos constitutivos de la inteligencia, pues que sin ellas se desvanece como fugaz ilusión. Conducidas por todo el ámbito que ofrece objetos a la actividad intelectual, y a todo se extienden, a todo se aplican, para todo son necesarias si se quiere que la inteligencia pueda percibir y combinar.—Id. lib. 4.º, cap. 5.º—La idea de unidad es una idea simple que acompaña a nuestro espíritu desde sus primeros pasos; la hallamos en todo; la comprendemos bien.—Id. lib. 6.º, cap. 1.º—No hay juicio posible sin las ideas de identidad o semejanza; estas ideas envuelven algo de común que se aplica a muchos.—Id. lib. 4.º, cap. 2.º—Apenas entendemos nada sin que entre como su elemento la idea de relación.—Id. lib. 4.º, cap. 3.º—Las grandes ideas de tiempo y de espacio son como inmensos receptáculos donde nuestro espíritu deposita sus caudales. En la idea de espacio tiene encerrado el universo corpóreo actual y todos los posibles; en la de tiempo incluye todos los seres finitos sean o no corpóreos.—Id. lib. 7.º, cap. 5.º—Hay en todas estas ideas cuestiones sumamente profundas; y bien puede asegurarse que de estas cuestiones depende la conservación de las sanas ideas sobre Dios y sobre el espíritu humano, esto es, sobre cuánto puede ofrecerse más importante a la consideración del hombre.—Id. lib. 4.º, cap. 8.º—El concepto de ser es la base de todos los conceptos: desenvuelto de varias maneras engendra las ideas de número y tiempo, las que combinadas con la de extensión, constituyen la parte necesaria de todas las ciencias naturales y exactas.—Id. lib. 7.º, cap. 19.—Así todos los elementos de nuestro espíritu se reducen a las ideas intuitivas de la extensión, de sensibilidad, inteligencia y voluntad, y a las ideas indeterminadas que a su vez se fundan todas en las ideas de ser.—Id. lib. 10, cap. 21.

científicas en sus últimos principios. Sin las luces que esparcen las cuestiones de la Metafísica, el entendimiento anda como a tientas en toda clase de especulaciones, ignorando la altura en que se encuentra y no sabiendo de una manera cierta el punto a donde se encamina. Nadie, sin tener profundos conocimientos de la Filosofía, merece con justicia el glorioso renombre de *sabio*; porque nadie sin la Filosofía puede conocer perfectamente las relaciones que unen a unas ciencias con las otras, y a todas ellas con la Metafísica, poseyendo así un conocimiento cierto y evidente de las cosas por medio de sus causas superiores.

El estudio de la Filosofía da claridad a nuestras ideas, rectitud a nuestros juicios, solidez a nuestros raciocinios, amplitud de miras a nuestro espíritu, y madurez y peso a todas nuestras apreciaciones.

En la Metafísica general tiene ocultas sus profundas raíces el árbol de las ciencias; y la Filosofía viene a ser como el tronco del cual derivan de una manera más o menos directa e inmediata, y dónde en cierto modo se tocan, se juntan y enlazan todos los ramos de la humana sabiduría.

Y aunque sea imposible descubrir por qué misteriosas vías se unen y enlazan entre sí las artes y las ciencias, aunque no sea dable en la tierra al humano entendimiento ver la identidad de su origen y contemplar la sencillez de sus caminos y alcanzar la unidad perfecta, absoluta y trascendental de los diferentes ramos del saber, siempre será cierto, y como tal por todos admitido, que la Filosofía comprendiendo en su objeto los objetos especiales de las demás ciencias y examinándolo desde un punto de vista tan alto y luminoso no puede menos de ejercer sobre ellas notabilísima influencia y contribuir poderosamente a su progreso y desarrollo. La Filosofía considera las causas de las causas, busca el *porqué* del *porqué*, indaga las últimas razones de todo; y cualquier ciencia inferior, a medida que se remonta en la consideración de su propio objeto, en esa proporción se va aproximando a las elevadas esferas de la Filosofía. La Filosofía extiende sus fronteras hasta las regiones donde florece el reinado de cada una de las demás ciencias y confina por algún punto con todas; y por lo tanto claro está que le han de rendir tributo y vasallaje, reconociéndola por su reina y señora.

La Filosofía descendiendo desde las cumbres de la Metafísica general, va allanando el terreno a las ciencias inferiores; y al dar luego solución a los problemas más trascendentales relativos a Dios, al hombre y al Universo, toma todas las avenidas de la verdad y traza su dirección e itinerario a las diferentes ramas del saber. Si la Filosofía adelanta, las demás prosperan también; si retrocede, las otras a la corta o a la larga sienten también las consecuencias de su retroceso. Sus verdades, lo mismo que sus errores, encuentran siempre eco y repercusión sonora en todas las especulaciones humanas, reproduciéndose al través de todas las ciencias de una manera cada vez más sensible según que se desciende al terreno de los hechos. No hay en las encumbradas esferas de la Ontología cuestión alguna que carezca de importancia, ninguna hay de poco interés, ninguna inútil; todo es allí digno de ocupar la atención del hombre, todo de gravedad y de serias y trascendentales consecuencias.

Allá en el corazón de los montes están depositadas inmensas cantidades de agua que viniendo del océano por conductos desconocidos vánse poco a poco acumulando hasta que

abriéndose paso por entre las rocas brotan en copiosos torrentes al pie mismo de la montaña, y esparciéndose luego en diferentes ramales corren hasta la extensa llanura y llevan a todas partes la amenidad y las flores, la fecundidad y la vida. Así son las cuestiones, al parecer inútiles, de la Metafísica general, como las aguas sepultadas en el interior de los montes; pero aguardad un momento, dejadlas que se abran paso al través de la Cosmología, de la Teodicea, de la Psicología y de la Ética, y que, después de haber circulado, inundándolas, por todas las regiones filosóficas, desciendan hasta las ciencias físicas y naturales, y sobre todo hasta la Jurisprudencia y demás ramas político-sociales, y entonces comprenderéis de cuán profunda y acertada manera dijo Santo Tomás que el más pequeño error en las ciencias metafísicas sería de resultados funestos en las ciencias inferiores y señaladamente en las denominadas *ciencias prácticas*⁽²⁵⁾.

Las aguas encerradas en las cavernas del monte entrañaban en su seno las riquezas que ostenta el verde de los campos y los sembrados de la llanura. La Metafísica general es el corazón de la Filosofía; la Filosofía encierra en su seno todos nuestros conocimientos; de sus entrañas proceden todas las ciencias.

De las entrañas de la Filosofía, escribe Cicerón, trae origen la ciencia del Derecho⁽²⁶⁾; y allí deben ir a beber su inspiración y sus rectos y sanos principios las ciencias económico político-sociales, porque de allí derivan todas ellas su ilustre abolengo. Todas las leyes positivas han de reconocer por base a la ley natural, que es reflejo y participación de la ley eterna; todos los adelantos materiales han de ir en pos, y cuando más, paralelos, pero siempre subordinados a los progresos morales e intelectuales; todos los fines han de servir como medios para alcanzar el fin último; y todos los destinos deben ir encaminados a la posesión del destino final y absoluto. El cuerpo subordinado al espíritu, la tierra al cielo, el tiempo a la eternidad, y el hombre a Dios: este orden no puede perturbarse sin que al punto se palpen consecuencias desastrosas, y se tropiece con problemas sociales insolubles y aterradores. Si pues el Derecho natural debe servir de núcleo y de base a todas las legislaciones de la tierra, y por otra parte el Derecho natural y la Filosofía moral no son más que «dos fases de una misma ciencia, dos cosas que se compenetran, dos círculos concéntricos»⁽²⁷⁾, la Ética es la base general de las ciencias sociales y políticas; y debemos decir con el célebre Domingo Soto, que así como el Derecho canónico procede de las entrañas de la Teología, del mismo modo el Derecho civil procede de las entrañas de la Filosofía. El primero debe ir a beber como en su fuente en las páginas del Sagrado Evangelio, el segundo debe ir a inspirarse en los sanos principios de la Ética. Y así, propio es del filósofo discutir y examinar lo que pertenece al Derecho civil según los principios de la Filosofía⁽²⁸⁾. A este mismo propósito hace notar

⁽²⁵⁾ Parvus error in principio, magnus in fine.--De *ente et essent.* prolog.

⁽²⁶⁾ *Atticus*: Non ergo a prætoris edicto, ut plerique nunc; neque a XII tabulis, ut superiores: sed penitus ex intima philosophia hauriendam juris disciplinam putas. *Quintus*: Alte vero et, ut oportet, a capite frater, repetis quod quærimus: et qui aliter jus civile tradunt, non tam justitiae quam litigandi tradunt vias.—De *Leg.* lib. 1.º

⁽²⁷⁾ P. ZEFERINO, *Filosofía elemental*. tom. 2.º

⁽²⁸⁾ Canonica jura ex visceribus Theologise prodiere: civilia vero jura ex media renorum Philosophia. Theologi ergo est juris canonici decreta ad normam evangelicam exigere; philosophique civilia ex principiis Philosophise examinare.—De *justitia et jure*, proemium.

Luis Vives con mucha oportunidad que todos los más famosos legisladores han sido a la vez grandes filósofos; y después de asentar que la profesión y el deber del verdadero y perfecto jurisconsulto esté en comprender el sentido y espíritu de las leyes, y en conocer qué leyes hayan debido caer en desuso y cuáles no, y en saber determinar la fuerza, amplitud y alcance de las que aun conservan su vigor; ¿quién no ve, añade⁽²⁹⁾, que para todo esto es de absoluta necesidad estar versado en el estudio de la Filosofía y poseer en especial vastos y profundos conocimientos de la Ética?

De las entrañas de la Filosofía proceden las ciencias matemáticas, las cuales apoderándose de las ideas de *número* y *extensión* combinadas con la de *tiempo*, desgájanse del tronco común de la Metafísica; y creciendo sola, y aislada, y como en un mundo aparte, esa rama del saber adquiere tan asombroso desarrollo que semeja a un árbol cuya copa se pierde en las alturas y cuyas raíces tocan los remates de la tierra. Las Matemáticas viven, en la apariencia a lo menos, sin la tutela de la madre común. Apenas nacidas, apártanse de la Filosofía; y ya no vuelven a encontrarse con ella sino en el terreno de las ciencias experimentales y de las artes. «El íntimo enlace de las ciencias matemáticas con las ciencias naturales es un hecho fuera de duda; y ¿quién sabe, exclama Balmes, hasta qué punto se enlazan unas y otras con las ontológicas, psicológicas, teológicas y morales?»⁽³⁰⁾

De las entrañas de la Filosofía proceden también las ciencias naturales y físico-químicas; porque la Cosmología, esa Metafísica de los cuerpos, al considerar los principios esenciales de éstos y sus propiedades principales, y el origen de la vida, y las leyes generales que rigen el Universo, participa por un lado de las ciencias puramente metafísicas, y por el otro se aproxima y enlaza con las ciencias físicas y experimentales, siendo el fundamento y como la entrada general para todas ellas. No hay ciencia sin verdades necesarias; la inducción necesita apoyarse en axiomas inconcusos; y, en fin, la observación y la experiencia nada producen verdaderamente científico, si no son fecundadas por el elemento ontológico. Balmes lo ha dicho: «La Física no es completa, sino pide sus luces a la Metafísica.»⁽³¹⁾

De las entrañas de la Filosofía descienden también todas las ciencias que estudian al hombre según su naturaleza física; porque la Psicología investigando la esencia, atributos, facultades y operaciones del alma humana, y empleando en sus investigaciones la observación de los fenómenos psicológicos y el raciocinio, al par que verdadera ciencia metafísica, se da amigablemente la mano con la Fisiología y la Medicina. Allí donde la Psicología hace alto, la Fisiología comienza su camino; y no hay para qué decir cuántas ventajas puede reportar la Medicina de los estudios psicológicos teniendo comunes sus fronteras. Aristóteles llamó a la

⁽²⁹⁾ Manifestum est philosophi esse de æquitate tractate et ex ea derivare leges...quique olim populis leges sanxerunt, philosophos fuisse constat. IDE tradendis disciplin *lib. 5.º cap. 3.º* Id est very et perfecti jurisconsulti munus ac professio, ut legume sensum et mentem explicit, ut quæ sit sin quaque lege æquitas, id est, qui vigor, quæ vita, quas conservari quoque tempore expediat, qua antiquari: nimirum Philosophia huic homini est opus, mediocriter quidem naturali, sed morali plene as absolute. *Ibid. Cap.4º*

⁽³⁰⁾ *Filosofía fund.*, lib. 1.º cap. 4.º

⁽³¹⁾ *Filosofía fund.*, tom. 2.º lib. 3.º cap. 21.

Medicina hermana menor de la Filosofía; Bacón de Verulam⁽³²⁾ afirma que la Medicina llevará una vida precaria, si la Filosofía no le presta su poderosa ayuda; y Galeno⁽³³⁾ llega hasta decir que nadie puede ser médico sagaz y profundamente observador, sino es al mismo tiempo profundo filósofo. Y Balmes escribe también por su parte que «Un hecho constantemente observado por la Psicología ofrece ancho campo a las indagaciones de la Fisiología.»⁽³⁴⁾

Finalmente, de las entrañas de la Filosofía traen también su origen nobilísimo las letras y las bellas artes. La cuestión de la belleza pertenece al dominio de la Metafísica; y el investigar científicamente la naturaleza, elementos, propiedades y formas varias de la belleza es oficio propio de la Filosofía. Por esta razón la ciencia que investiga *lo bello y lo sublime*, en lugar de apellidarse *Estética* como la llaman muchos escritores modernos, debería más bien, observa a este propósito Liberatore⁽³⁵⁾, denominarse Filosofía de las letras y de las bellas artes. Además, como la verdad representa uno de los elementos esenciales de la belleza, menester será admitir estrechas relaciones y puntos de contacto entre las bellas letras y aquella parte de la Filosofía que dirige, educa y adiestra las facultades cognoscitivas del hombre para distinguir la verdad del error en todos los ramos del saber humano. El *Arte de pensar* necesariamente ha de ocupar puesto de preferencia entre las *Artes de expresar los pensamientos*. La Lógica, ciencia de las ideas y de las palabras, es al par que llave de todas las ciencias, arte de todas las artes. Con razón afirma, pues, Jovellanos que la Filosofía pertenece a los estudios del literato, y que lejos de estar ajena y distante de ellos es su más noble provincia. «¿Por ventura, dice, podremos tratar de la expresión de nuestras ideas sin conocer su generación, ni analizarla, sin encontrar con el origen de nuestro ser ni contemplar este ser, sin subir aquel alto supremo origen que es fuente de todos los seres como de todas las verdades?»⁽³⁶⁾ Ya antes que nadie, el Príncipe de los oradores romanos había llamado a la reina de las ciencias, madre de todas las artes⁽³⁷⁾. Y una constante experiencia, añade León XIII⁽³⁸⁾, nos demuestra que entonces florecieron mayormente las artes liberales cuando permaneció incólume el honor y sabio juicio de la Filosofía, y que fueron descuidadas y casi olvidadas, cuando la Filosofía se inclinó a los errores o se enredó en vanas sutilezas.

En suma: así como las partes que componen la Filosofía no son en su fondo otra cosa que aplicaciones de la Ontología a nuestras especulaciones sobre Dios, sobre el hombre y sobre el Universo, así las ciencias inferiores no son en último resultado más que la Filosofía aplicada a los objetos particulares de cada una de ellas. Si la Filosofía es la Ontología en

⁽³²⁾ Medicina autem in Philosophia non fundata, infirma est.—De *Augm. Scientias*, lib. 4.º, cap. 2.º

⁽³³⁾ Si quis optimus medicus est, idem erit et philosophus.—GOUDIN, *Commendatio philos.*

⁽³⁴⁾ Filosofía Element. Metafis.

⁽³⁵⁾ Scientia, quæ, *pulchri et sublimis* investigationem instituit, *Æsthetica* a recentioribus nominata est; sed melius fortasse diceretur Philosophia pulchrarum artium.— Insiil *Philosoph.* Ontolog. ,cap. 1.º art. 8.º

⁽³⁶⁾ Oración que pronunció en el Instituto Asturiano sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias.

⁽³⁷⁾ Philosophia omnium mater artium.—CICERO. 1 Tuscul.

⁽³⁸⁾ Facto et constanti experientia comprobatur artes liberales tune maxime floruisse cum incolumis honor et sapiens iudicium Philosophiæ stetit; neglectas vero et prope oblitteratas jacuisse, inclinata atque erroribus vel ineptiis implicata Philosophia- Encíclica, *Æterni Patris*.

concreto, las demás ciencias son la Filosofía en singular. Siendo esto así, ¿quién no ve las grandes ventajas que han de reportar todos los ramos del humano saber, de la restauración de la Filosofía Cristiana según la mente del Doctor Angélico? Ello no cabe duda, la partición y clasificación de las ciencias ha sido y es de mucha importancia, y hasta de necesidad, para sus adelantos y perfección. De esta manera, el hombre cuya virtud intelectual es, como su fuerza física, de suyo muy limitada, ha logrado ensanchar prodigiosamente los dominios de la ciencia, atesorando mayor suma de luz, y acrecentando cada vez más el número de observaciones y descubrimientos, y entrando en posesión de mayor copia de verdades. Pero también es muy cierto que el aislamiento casi completo de esas mismas ciencias trae consigo inevitablemente gravísimos perjuicios; porque todas las verdades tienen entre sí estrecho parentesco y enlace por muy diferentes que a primera vista parezcan. No hay verdad que no se derive de otra y de la cual a su vez no pueda otra ser derivada. «Todas son, según la feliz expresión de Jovellanos, eslabones de una cadena inmensa, cuya interrupción marca los espacios de la ignorancia, y cuya continuidad lo que llaman *ciencia*. Cada ciencia forma una serie, una porción de cadena separada».⁽³⁹⁾

Pues bien: importa sobremanera que las diferentes series de verdades se pongan unas en frente de otras, y que esas porciones de cadena se aproximen, se junten y enlacen en cuanto sea posible. Así la interrupción será cada vez menor y la continuidad irá proporcionalmente en aumento; y el saber del hombre tomará creces a medida que las ciencias se acerquen, y avencinen, y se pongan en contacto unas con las otras. Entrar en posesión de la unidad no le es dado al humano entendimiento, pero sí le es concedido progresar y adelantarse hacia ella; y siempre se verificará que nuestros adelantos científicos están en razón directa y son debidos al eslabonamiento de esas series de verdades. Prueba innegable de esto son los progresos que hizo la Geometría merced a los servicios prestados por el Álgebra; y el empuje dado por la Geometría a las ciencias físicas y naturales; y el poderoso auxilio que de las ciencias físicas recibió la Astronomía así como las notables ventajas que de la Astronomía reportaron la geografía, hidrografía y la náutica; y el inmenso provecho recibido por la Medicina de los descubrimientos de la Física y de la Química, y de las investigaciones hechas en los tres reinos de la Historia natural. Y ¿a quién se le encubre la luz que de la Psicología puede descender por los dominios de la Fisiología y de la Medicina, así como lo mucho que el adelantamiento de estas ciencias puede influir en la perfección de aquélla? ¿Quién ignora que las ciencias experimentales presentan entre sus descubrimientos nuevas pruebas que vienen a dar robustez y fuerza a verdades asentadas de antemano en la región de la Metafísica?

«La aplicación del Álgebra a la Geometría, escribe Balmes⁽⁴⁰⁾, ha cambiado en gran parte la faz de la Geometría; porque comunicándole hasta cierto punto su concisión y generalidad, la ha levantado a una altura a la que, sin este auxilio, jamás hubiera alcanzado. Es digno de notarse, escribe en otro lugar⁽⁴¹⁾, que a medida que se va adelantando en las ciencias se encuentran entre ellas numerosos puntos de contacto, estrechas relaciones que a primera vista nadie hubiera podido sospechar. Cuando los matemáticos antiguos se ocupaban de las

⁽³⁹⁾ Tratado teórico-práctico de enseñanza, secc. 1.ª Lógica.

⁽⁴⁰⁾ *Escritos póstumos*.

⁽⁴¹⁾ *Filosof. fund.* lib. 1.º cap. 4.º

secciones cónicas, estaban muy lejos de creer que la idea de la elipse hubiere de servir de base a un sistema astronómico; los focos eran simples puntos, la curva una línea y nada más; las relaciones de aquéllos con ésta, eran objetos de combinaciones estériles, sin aplicación. Siglos después esos focos son el sol, y la curva las órbitas de los planetas. Las líneas de la mesa del geómetra representaban un mundo!...»

Pues si estas benéficas influencias de unas ciencias en otras saltan a la vista del menos atento y avisado, si es a todas luces visible la dependencia e íntimo enlace que con las tres ramas de la Matemática tienen las ciencias físico-químicas y las naturales, es también innegable la dependencia y subordinación de las ciencias experimentales con respecto a las ciencias puramente filosóficas. Y si de la aproximación y contacto de las ciencias inferiores resultaron tan grandes ventajas para todas ellas, cáese de su peso cuál será la perfección y mejoramiento que éstas recibirán de las luces y acertada dirección que imprimirá a todos los ramos del saber el estudio de la Metafísica, y en general la restauración de la buena y sólida Filosofía, de la Filosofía cristiana personificada en Santa Tomás.⁽⁴²⁾

La Física, la Química, la Astronomía, la Medicina y otras de índole parecida, en las que por razón de su naturaleza y objeto predomina el método de inducción y de experiencia, necesitan ser informadas por la Metafísica, de la cual todo conocimiento científico recibe luz, fuerza y confirmación. En el orden científico la inducción y observación de los hechos sensibles será estéril a no combinarse con la idea de casualidad y con otras nociones ontológicas cuyo estudio pertenece propiamente a la Metafísica.

El físico, el químico, el naturalista, el médico debiendo caminar siempre guiados por la observación y la experiencia, no encuentran nunca a su paso más que hechos aislados, particulares y contingentes. Pero esos hechos descubiertos merced a constantes y laboriosas investigaciones, ¿constituyen por sí solos *ciencia*? Esos hechos pasajeros y mudables ¿pueden ser conocidos por el entendimiento de otra manera que bajo relaciones y leyes permanentes e inmutables? La ciencia ¿no es de cosas necesarias? Menester es por lo tanto que esos hechos revistan un carácter universal, que su aislamiento se convierta en un enlace con todos los hechos posibles del mismo género, y que su contingencia sea trocada en necesidad. Y ¿cómo podrá verificarse tan maravillosa transformación? No de otro modo que fecundando el hecho real con verdades ideales y combinando la contingencia del primero con la necesidad absoluta de las segundas. Sólo así es como tiene valor científico la experiencia, siendo inundada con la luz indeficiente de los primeros principios. Sólo así es como los hechos de la observación pierden su particularidad y aislamiento, enlazándolos con las verdades necesarias y a *priori*. Sólo así las ciencias experimentales logran ensanchar propiamente sus dominios, sacando de los hechos con el auxilio de la lógica consecuencias que realmente nazcan de ellos, y convirtiendo las hipótesis en tesis con la base firmísima de las nociones metafísicas, y ordenando ese asombroso cúmulo de descubrimientos verdaderamente sorprendentes con la antorcha de la Filosofía. Sin la Filosofía las ciencias experimentales son un inventario de

⁽⁴²⁾ «La Filosofía de Santo Tomás, escribe Ráulica, es exclusiva y eminentemente cristiana; y la Filosofía cristiana, en su plenitud y en su perfección, sólo se encuentra en Santo Tomás.» — *Filosof. Crist.* Tom. 2.º part. 3. introduc.

observaciones curiosas, un montón informe de primeras materias, hechos aislados sin enlace, cuerpo sin alma.

Ninguna ciencia, cualquiera que ella sea, puede crecer, ni prosperar, ni vivir sin Metafísica ⁽⁴³⁾. La Metafísica es norma, luz, espejo, norte y guía de todos los ramos del saber humano; es la sal de las ciencias; es el alma universal de todos nuestros conocimientos. En el fondo de las ciencias y de las artes, a poco que profundaseis, hallaréis siempre a la Filosofía informándolas, penetrándolas, vivificándolas. De la Filosofía procede el soplo que les da aliento, el germen que las fecundiza, y la savia de vida que por todas ellas circula. La Filosofía es para ellas el cielo que les envía sus influencias, la atmósfera que todas ellas respiran, y el sol que a todas las alumbra y esplendoriza.

Esta verdad innegable reconocida por todos los sabios y comprobada por la experiencia de todos los siglos, la declara y hace sensible Boecio bajo una bella alegoría, la cual, a la vez que solaz y descanso del espíritu en materias de suyo tan abstrusas, será confirmación y resumen de cuanto hasta aquí llevamos dicho.

Boecio famoso tanto por su sabiduría extraordinaria como por sus grandes infortunios, varias veces cónsul y ministro de Teodorico rey de los ostrogodos cuya confianza mereció por espacio de muchos años, había caído, víctima de la envidia y de la calumnia, desde lo más alto del poder hasta lo más hondo de un oscuro calabozo.

⁽⁴³⁾ Bacon, el mismo Bacon, «ese despreciador de toda disputa acerca de los universales y de toda filosofía primera», como acertadamente le llama el admirable autor de *la Historia de los Heterodoxos españoles*, pues el mismísimo Bacón es quien, para convencer de la utilidad de la Metafísica a los que no logran comprenderla, les recuerda con satírica gracia el siguiente apólogo:

En el tiempo que el cuerpo del hombre no era todo uno, sino cada miembro tenía sus intenciones y lenguaje particular, se indignaron todos los miembros contra el estómago, porque descuidado no hacía más que gozar de los placeres que los demás le proporcionaban; conspiraron, pues, contra él, y ni la mano llevaba el alimento a la boca, ni la boca lo aceptaba aunque se lo diesen, ni las muelas lo desmenuzaban. Así queriendo enojados matar de hambre al estómago, ellos mismos se consumían; y se desengañaron de que no era inútil el ministerio de aquella entraña que repartía la comida convertida en sangre a las demás partes del cuerpo. *Si quis judicet doctrinara omnem referendum esse ad usum et actionem, realte sapit; verumtamen facile est isto modo prolabi in errorem illum, quem Tabula perantiqua perstringit, in qua cetera corporis membra litem ventriculo intenderunt, quod peque motum preteberet, ut anus, neque sensum ut caput, quamvis interea alimentum cuctum atque confectum ventriculus ille in reliquunt corpus divideret.* Y luego añade: *Plane eodem modo, qui in Philosophia ac contemplationibus universalibus positunt omne studiunt inane atque ignavum arbitrator, non animadvertit singulis professionibus et artibus exinde succum et robur suppeditari.* —De Augment. scientiar. lib. 2.º

Lo cual traducido al idioma castellano en frases originales quiere decir: a Sin la Filosofía (o por mejor decir sin su expresión más alta la Metafísica) la Política es una lucha de palos de ciego; la Historia una retahíla de ineptias sin atractivo y sin moralidad; la Economía política, destituida de virtud, una hábil canalización que consiste en derivar hacia la propia heredad las aguas que Dios mandaba para fertilizar la ajena; el Derecho una ordenanza de municipio; la Moral una preocupadora de distrito; las Artes una manifestación de mentiras o de verdades triviales; los poetas unos adoquinadores de palabras, y los prosistas unos acarreadores de palabras sin adoquinar. Podéis honrar vuestra inteligencia con todas las máximas de la Moral, ilustrarla con el conocimiento de todos los fenómenos físicos, fortificarla en el trato social con el estudio de todos los problemas económico-políticos; pues después de saber todo esto, y mucho más que todo esto, el no saber Metafísica es no saber lo que se sabe, es no saber nada. —CAMPOAMOR, *Discurso de recepción* en la Academia de la lengua.

Encerrado en una prisión en Pavía, querellábase a Dios al ver la inocencia oprimida y triunfante la injusticia, cuando he aquí que vio iluminarse de súbito su estancia y decender del cielo a una muy noble y venerabilísima matrona. Su rostro de peregrina hermosura era a la vez de imponente majestad. Sus ojos de encendido fuego despedían vivísimos rayos de luz con que todo a su paso quedaba esclarecido; y su mirada era parecida al relámpago. Tan antigua como el tiempo, estaba sin embargo llena de vigor y de vida; porque los años, lejos de marchitarla, renovaban y acrecentaban su juventud. Su estatura a las veces era común y ordinaria, y a las veces irguiendo su majestuosa cabeza parecía tocar con ella a los cielos; y deleitábase entonces en la contemplación de Dios en quien de continuo fijaba su mirada escrutadora y penetrante. Vestía con extremada sencillez, pero sus vestidos que ella misma había tejido con sus propias manos, revelaban en su hechura, en su disposición y en su forma ingenio, habilidad, y destreza. En el ruedo de sus vestiduras veíase escrita esta letra Π, y esta otra θ estaba graciosamente bordada en la parte superior del filo con que cubría su cabeza; y desde la una hasta la otra de las letras, trazada a lo largo de su manto de anchos y ondulantes pliegues, resplandecía con suave centelleo una escala de piedras preciosas y de muy diferentes colores. Su mano derecha ostentaba asidos muchedumbre de volúmenes escritos; y su izquierda empuñaba un cetro, símbolo de soberano y real poder.

Tal era la celestial matrona que entró en la prisión de Boecio; y como encontrase allí (según él mismo refiere) a las musas que cantan no la verdad ni la virtud, sino el vicio y la mentira, les dirigió una mirada amenazadora, y golpeándolas con su cetro las arrojó ignominiosamente de aquella mansión. Sentóse luego junto al ilustre encarcelado, y mirándole con ojos compasivos ordenó a las musas amadoras de la virtud y de la belleza, que cantaran los gozos ocultos de una conciencia justificada, y la paternal providencia de Dios que jamás desampara al afligido, y la brevedad de esta vida comparada con la duración interminable de la bienaventuranza, a fin de que con estos cánticos y el recuerdo de tan sublimes verdades el desdichado e ilustre prisionero levantase a Dios su corazón, y fijo en la divina clemencia el pensamiento, se consolase y llevara en paciencia su triste desventura.

Tal es el retrato de la Filosofía que dejó pintado Boecio en su admirable obra *De Consolatione Philosophiæ*⁽⁴⁴⁾; y este retrato, señores, está fielmente sacado, y es el

⁽⁴⁴⁾ Hæc dun tacitus mecum ipse reputaren, querimoniamque lacrymabilem styli officio designarem, astitisse mihi supra verticem visa est mulier reverendi admodum vultus; oculis ardentibus, et ultra communem hominum valentiam perspicacibus; colore vivido, atque inexhausti vigoris, quamvis ita ævi plena foret, ut nullo modo nostræ crederetur ætatis. Statura discretionis ambigua. Nam nunc quidem ad communem sese hominum mensuram cohibebat; nunc vero pulsare cælum summi verticis cacumine videbatur: quæ cum caput altius extulisset, ipsum etiam cælum penetrabat, respicientiumque hominum frustabatur intuitum. Vestes erant tenuissimis filis, subtili artificio, indissolubitique materia perfectæ; quas, uti post eadem prodente, cognovi, suis manibus ipsa texuerat. Harum in extremo margine Π, in supremo veró Θ legebatur intextum. Atque inter utrasque litteras, in scalarum modum, gradus quidam insigniti videbentur, quibus ab inferiore ad superius elementum esset ascensus. Et dextera quidem ejus libelos, sceptrum vero sinistra gestabat. Quæ ubi poeticas Musas vidit, nostro assistentes toro, flectibusque meis verba dictantes, commota paulisper, ac torvis iuflammata luminibus: «Quis, inquit, has scenicas meretriculas ad hunc agrum permissit accedere? quæ dolores ejus non modo nullis remediis foverent, verum dulcibus insuper alerent venenis? Hæ sunt enim quæ infructuosis affectuum spinis, uberem fructibus rationem segetem necant, hominumque

real y verdadero. La Filosofía, según Boecio, descendió de lo alto; y en efecto el origen absolutamente primitivo de la Filosofía es origen divino, porque Dios, como enseña Santo Tomás, crió al hombre perfecto lo mismo en lo tocante al alma que en lo relativo al cuerpo infundiéndole la ciencia de las cosas naturales. Y en la Escritura leemos que el Señor dio al primer hombre ingenio para inventar y le llenó de las luces del entendimiento; que crió en él la ciencia de las cosas espirituales; y que, en fin, acercó la *luz* de sus *Divinos* ojos a su corazón para hacerle conocer la magnificencia de sus obras, a fin de que alabara su santo Nombre y ensalzase sus maravillas ⁽⁴⁵⁾. La causa primera eficiente de la Filosofía es Dios; y la causa eficiente segunda, es la misma razón natural, antorcha encendida por su divino soplo en el centro de nuestras almas.

Cuán vasto y universal sea el objeto de la Filosofía bien claramente lo indica la estatura de la celestial matrona que ora aparecía de un grandor ordinario, ora tomando colosales proporciones llegaba hasta esconder su cabeza en el cielo espaciando su relampagueante mirada por regiones desconocidas al sentido. La Filosofía versa sobre el hombre, y estudia el mundo de los cuerpos, y, remontando su vuelo sobre todas las ciencias naturales, penetra en las regiones del mundo invisible de los espíritus hasta llegar al Trono mismo de Dios.

En la sencillez de sus vestiduras se significa que la Filosofía más cuidadosa de las ideas que de las palabras, trata sin aparato literario argumentos de suyo graves, nobles y levantados. La expresión es como el traje del pensamiento; y la Filosofía, al expresarlo, busca la propiedad antes que la elegancia, la precisión antes que el ornato, la claridad primero que la armonía. Con sus propias manos se hizo este género de vestidos, y en su hechura revelaba habilidad e ingenio: por cuanto la Lógica que forma parte de la Filosofía enseña las leyes del recto raciocinio mediante las cuales es dirigido el entendimiento al descubrimiento de la verdad y a la posesión de las verdades ya descubiertas, y adiestra el espíritu del hombre para tratar las cuestiones con orden y método, para percibir con claridad, y juzgar con rectitud y discurrir con solidez, y para declarar los encumbrados conceptos de la ciencia en un lenguaje conciso, terminante y categórico

Aquella mirada que despedía centellas de fuego iluminándolo todo con sus fulgores, simboliza el conocimiento claro, distinto y bien ordenado de las cosas, que el estudio de la

mentes assuefaciunt morbo, non liberant. At si quem profanum, uti vulgo soliturn vobis, blanditiæ vestræ detraherent, minus moleste ferendum putarent, nihil quippe in eo nostra operæ læderentur hunc vero Eleaticis atque Academicis studiis innutritum? Sed abite potius Seirenes usque in exitium dulces, meisque eum Musis curandum sanandumque relinquite». His ille chorus increpitus, dejecit humi moestior vultum, confessusque rubore verecundiam, limen tristis excessit. At ego, cujus acies lacrymis mersa caligarat, ne dignoscere possem quænam hæc esset mulier tam imperiosa auctoritatis, obstupui, visuque in terram defixo, quidnam deinceps esset actura, expectare tacitus cæpi. Tum illa propius accedens, in extrema lectuli mei parte consedit, meumque intuens vultum luctu gravem, atque in humum mærore dejectum, his versibus de nostræ mentis perturbatione conquesta est.—Lib. 1º *Prosa* 1.

⁽⁴⁵⁾ Creavit illis scientiam spiritus; posuit oculum suum super corda illorum, ostendere illis magnalia operum suorum ut nomen sanctificationis collandent.—*Eccli cap.17*.—Primus homo sic institutus est a Deo, ut haberet omnium scientiam in quibus homo natus est instrui.—SUMM. THEOLOG. 1.º p. quæst. 94, art. 3.º

Filosofía causa en la inteligencia del hombre, y aquel tino, moderación y cordura que tanto avaloran las especulaciones científicas.

La suavidad y frescura del color que los años no marchitan, declaran que la verdad nunca envejece, sino que con el andar de los siglos y el continuado estudiar toma cada vez más incremento y adquiere mayor firmeza. Luminosa es, e inmarcesible la sabiduría; todo el oro respecto de ella, no es más que una menuda arena, y a su vista la plata será tenida por lodo. La sabiduría sobrepuja en hermosura a todo el orden de las estrellas y a la misma luz le hace incomparables ventajas, porque su resplandor es inextinguible.

La Filosofía se divide en especulativa y práctica, división indicada por la letras griegas que lleva bordadas en las extremidades de su manto. La Filosofía especulativa perfecciona el entendimiento en el conocimiento de la verdad; y la Moral que constituye la filosofía práctica, dirige la voluntad inclinándola a el ejercicio de la virtud. Y así la escala que une esas dos letras, es la que debe recorrer el hombre para ser verdadero sabio, uniendo al estudio de la verdad la práctica del bien, rectificando con las luces del entendimiento las inclinaciones torcidas del corazón, y sacando de la contemplación de las criaturas perfecto amor al Criador Soberano. El fin próximo e inmediato de la Filosofía, es el conocimiento de la verdad y el ejercicio de la virtud; el fin remoto, la perfección y felicidad natural del hombre; el fin último la plena posesión de Dios y el conocimiento intuitivo de su infinita belleza.

Los escritos que la Filosofía sustenta con su mano derecha, y el cetro que sujeta con su izquierda, demuestra el supremo dominio que tiene sobre todos los grados del humano saber⁽⁴⁶⁾, e indica que entra como principal elemento a constituir la civilización de los pueblos dando el tono a la legislación y a todas las instituciones sociales y políticas. «La historia de la Filosofía, escribe un sabio⁽⁴⁷⁾, es la historia de los progresos y desarrollo del espíritu humano». Y sabida es aquella célebre sentencia de Platón: «Feliz la República donde los filósofos gobiernen o los gobernantes cultiven la Filosofía».⁽⁴⁸⁾

La Filosofía abarca la tierra y penetra en los cielos, escudriña los secretos del mundo corpóreo y los arcanos del mundo de los espíritus, discurre acerca de Dios e indaga las causas supremas de todo. La Filosofía dirige y conduce al hombre a la posesión *de la verdad, robustece y perfecciona sus facultades, ordena y regula sus acciones* a la luz de la recta razón y en armonía con su fin último que es Dios. La Filosofía prepara convenientemente los *ánimos* a recibir la revelación, allana y facilita el camino a la verdadera fe, y la defiende contra los ataques de los herejes y sofistas, y en fin la sirve de poderoso auxiliar sistematizando las doctrinas reveladas por medio de la Teología a la cual presta su organismo científico. A todas

⁽⁴⁶⁾ *Dextera... libellos* etc. Philosophiæ usus proponitur: nam Philosophia utilis est ad cæteras disciplinas capessendas, et ad regendos animos quod libellis sceptroque significatur.—*Comment. in Boetium*. La explicación que aquí se hace de la alegoría, está calcada sobre el curioso y erudito comentario que acompaña a la obra de Boecio. *Edición de Migne*.

⁽⁴⁷⁾ P. ZEFERINO; Historia de la Filosof. prólog.

⁽⁴⁸⁾ Atqui tu hanc sententiam Platonis ore sanxisti: Beatas Core Respublicas si eas vel studiosi sapientiæ regerent vol earum rectores studere sapientiæ contigisset, id est, si philosophi reyerent aut reges philosopharentur.—BOECIO, De Consolal. Philosof. Lib. 1.º prosa IV.

las ciencias sustenta la Filosofía con su mano derecha, y a todas las artes protege y dirige con su mano izquierda; a las ciencias dándoles los principios generales que las dirigen, y a las artes dictándoles leyes que las gobiernen. Porque como en la Filosofía tienen su natural asiento los principios supremos y universales, reguladores de la humana inteligencia, los principios inferiores y menos universales de ella reciben toda su luz, inteligibilidad y certidumbre; y así, según las profundas expresiones de León XIII, *de la Filosofía depende en gran parte la recta enseñanza de las demás ciencias; y de la Filosofía, como de ciencia reguladora, todas las buenas artes acostumbraron tomar la sana enseñanza y el recto método, y beber de ella su espíritu como de común fuente de vida*. Todas las ciencias y todas las artes prosperan y florecen cuando unidas a la Filosofía y dirigidas por su inspiración sienten su bienhechora influencia; todas ellas brillan con inapagables resplandores, cuando van prendidas y engarzadas en su real manto, cual piedras de inestimable precio.

Pero el retrato no está aún acabado; algo le falta todavía. Esa reina de las artes y de las ciencias viste regio manto y empuña dorado cetro, mas ya habréis notado que no lleva corona en su cabeza. Por esto Boecio nos presenta después a aquella nobilísima matrona postrada humildemente de rodillas en el acatamiento de Dios, y pone en su boca esta sublime plegaria: «¡Dios y Señor de todas las cosas, y Autor de todo bien y de toda verdad! Tú que extendiste los cielos como un pabellón, y cimentaste la tierra sobre sus propias bases sin que se desnivele jamás, y encerraste al mar dentro de fijados límites poniéndole cerrojos y compuertas; Tú que derramaste la vida en toda la naturaleza, y avivándola con tu divino aliento, le infundes vigor y lozanía y la vistes de maravillosos encantos; Tú que si apartas tu rostro, y retiras tu mano, y recoges tu espíritu, todas las criaturas se turban y vuelven a parar en el polvo de que salieron y dejan de ser reduciéndose en el mismo instante a la nada; Tú que estás revestido de gloria y de majestad y cubierto de luz como de un ropaje, y llevas dentro de tu soberana Inteligencia el universo entero con toda su inefable armonía y prodigiosa hermosura; Tú ¡oh Padre celestial! dame aquella Sabiduría que asiste a tu trono, dame a ese tu divino Verbo por quien se fundaron los cielos, o inspírame con el Espíritu de tu boca por quien se formó todo su concierto y su luz. El cuerpo corruptible apesga el alma, y este vaso de barro deprime la mente sirviéndole de grande estorbo para entender muchas cosas. Ilumina, pues, mi mente con esa tu Palabra Eterna por quien creaste los siglos y cuánto ha existido en ellos. Sean adorno de mi frente los resplandores de tu Sabiduría Increada cuya luz con su serena claridad regala suavemente el corazón y alumbra con vivos destellos la inteligencia. Tú eres la guía de la ciencia y el que corrige a los sabios; Tú el que elevas y dignificas la mente y el que concedes después expresar con claridad los pensamientos dignos y elevados; Tú, el camino, la verdad y la vida, y el principio y el fin de toda ciencia: y la vida eterna consiste en conocerte a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú enviaste y en quien reside sustancialmente la plenitud de la Divinidad, Resplandor eterno de tu gloria que resplandeciendo en medio de las tinieblas, vino al mundo para iluminar a todos los hombres».⁽⁴⁹⁾

⁽⁴⁹⁾ De Consol, philos. lib. 3.º metrum IX.

Argumentum.—Philosophia precatur Creatorem mundi ul mentem humanam disjeclis tenebris dignetur illustrare.

¡O qui perpetua mundum ratione gubernas
Terrarum cæliq; Sator, qui tempus ab ævo

Oró y apenas hubo terminado su plegaria, su belleza había adquirido mayor realce, y su majestad estaba revestida de gloria más imponente; porque no sólo llevaba cetro real en su mano, sino que también orlaba sus sienes radiante aureola de luz, luz divina, que la alumbraba en sus dudas, y la sostenía en sus vacilaciones, y la guiaba siempre por caminos rectos y seguros. Ese rayo de luz procedía del Verbo de Dios, Fuente de la sabiduría en las alturas y *Sol que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*.

Señores: las verdades sobrenaturales de la revelación son para la Filosofía corona de oro y diadema de hermosura. Si todos los ramos del saber humano rinden vasallaje a la Filosofía, ésta a su vez debe tributar homenaje y obediencia a la Teología. Que si la Filosofía es la reina y señora de las ciencias y de las artes, *la Teología es el coronamiento de todos los dones y grandezas del espíritu dando a la ciencia mayor elevación y a la razón mayor amplitud*.⁽⁵⁰⁾

IV.

En efecto, señores, la Sagrada Teología es la más noble entre todos los ramos de la sabiduría humana. Porque si una ciencia es tanto más digna, noble y elevada cuanto más noble, alto y encumbrado es su objeto; ¿puede darse ciencia superior y más excelente que la ciencia que trata de Dios y de todas las criaturas en sus relaciones con Dios? Si la sublimidad y certeza de las ciencias arranca de sus primeros principios, por cuanto toda ciencia viene a ser el desenvolvimiento lógico de las verdades contenidas virtualmente en ellos, ¿qué ciencia entre las ciencias del hombre mortal puede ponerse en parangón con esa ciencia que tiene su origen en el cielo, y que del cielo recibe derechamente toda su certidumbre, y toda su luz y claridad? De aquel piélago de luz inaccesible donde Dios ha colocado sus esplendentes moradas, de aquel Océano de resplandores en que se abisma la Divinidad, de allí brotan y de allí descienden los vivísimos destellos de claridad que

Ire jubes, stabilisque manens das cuncta moveri;

... ..

... ..Tu cuncta superno

Ducis ab exemplo, pulchrum pulcherrimus Ipse

Mundum mente gerens, similique imagine formans,

Perfectasque jubens perfectum absolvere partes

... ..

... ..

Da, Pater, augustam menti consrendere sedem;

Da fontem lustrare boni; da, luce reperta,

In te conspicuos animi defigere visus.

Disjice terrenæ nebulas et pondera molis,

Atque tuo splendore mica: Tu namque serenum,

Tu requies tranquilla piis; Te cernere finis,

Principiurn, rector, dux, semita, terminus idem.

⁽⁵⁰⁾ LACORDAIRE, Paneg. de Sto. Tomás.

iluminan el anchuroso campo de las especulaciones Teológicas. La Teología⁽⁵¹⁾ constituye por sí sola un género de ciencia a parte; y subalternada como está a la ciencia de los bienaventurados, recibe inmediatamente de Dios las verdades que le sirven de base y fundamento. *Sus primeros principios* son todas las verdades reveladas por Dios a su Iglesia. Suprema, por la tanto, entre todas las ciencias del hombre, la Teología a todas debe presidir y dominar. Las artes y las ciencias inferiores dirigidas e inspiradas por la Filosofía, y la Filosofía recibiendo a su vez luces e inspiraciones de la ciencia de Dios: tal es el Orden que debe reinar en nuestros conocimientos, y el camino seguro y único para que todas las ramas del saber humano prosperen, florezcan y produzcan sazonados frutos.

Si se requiere un continuo y multiplicado ejercicio de la Filosofía para que la Sagrada Teología reciba y revista la naturaleza, hábito e índole de verdadera ciencia⁽⁵²⁾, en cambio el cúmulo de verdades contenidas en la Revelación a las cuales la Filosofía presta forma científica, son para la misma Filosofía faro luminoso puesto en eminente escollo que alumbra todo el campo de sus investigaciones, y que derramando luz indeficiente sobre las verdades mismas del orden puramente natural ensanchan prodigiosamente sus confines y sirven de punto de apoyo y de partida para proceder con seguridad a la solución de los problemas filosóficos. Cuestiones de la más alta importancia hay en la Filosofía que nunca se hubieran ventilado, y otras que no hubieran recibido solución decisiva, si los misterios de la fe con su divina oscuridad y con su luz celestial no las hubiesen suscitado, y luego no las hubiesen esclarecido. Sin el dogma de la Encarnación del Verbo (pongo por caso) no tendríamos un conocimiento científico tan claro de la naturaleza del hombre, de sus partes esenciales y de sus diferentes facultades. Sin los rayos de luz difundidos por el misterio de la Sagrada Eucaristía, acaso no hubieran sospechado los filósofos la distinción real entre la extensión o cantidad y la esencia de la sustancia corpórea, y sería para ellos problema desconocido la separación de los accidentes del sujeto que los sustenta. Y ¿qué diremos de la verdadera idea de la creación, de la espiritualidad de nuestra alma, de la alteza de su origen y de la grandeza de sus inmortales destinos, verdades importantes si las hay, y que el genio de Platón y de Aristóteles con su vano filosofar no llegaron a comprender? Muchedumbre de verdades relativas a Dios, al hombre y a la naturaleza visible, acerca de las cuales entre los antiguos filósofos que carecieron del beneficio de la fe aun los que eran considerados como más sabios, erraron torpemente en muchas cosas, hállanse hoy día, merced a las divinas enseñanzas de Jesucristo, arraigadas en todos los entendimientos y extendidas por todos los pueblos de la tierra siendo patrimonio intelectual hasta de los niños e ignorantes. Muy bien dijo a este propósito Balmes: «Cuando se llega a los principios de las ciencias o a sus últimos resultados, estad seguros de que las ideas cristianas no os serán inútiles y que os comunicarán alguna lección de trascendencia; en el edificio de los conocimientos humanos las hallaréis iluminando el cimiento y la cúpula».⁽⁵³⁾

⁽⁵¹⁾ Et ex hac fluit alia divisio scibilis, in scibile... et per lumen divinurn, id est, medium divino lumine fulgens, quod scibile Theologicum constituit. CARD. CAYETA. in 1^{am} Part. Sum. Th. q. 1.^a art. 3.^o

⁽⁵²⁾ LEON XIII, *Æterni Partis*: Solidissimis ita positus fundamentis, perpetuus et multiplex adhuc requiritur philosophise usus, ut sacra Theologia naturam, habitum in— geniumque verse scientiæ suscipiat atque induat.

⁽⁵³⁾ *Filoso, fund.* lib. 10 cap. 20.

Por otra parte si fijáis la consideración en la naturaleza del hombre, encontraréis que es teatro de obstinada lucha y tejido misterioso de contradicciones perdurables. Generosos instintos, aspiraciones nobles, pensamientos levantados y resoluciones heroicas surgen del fondo de su alma mezclados confusamente en revuelto torbellino con apetitos ruines, inclinaciones perversas, ideas torcidas y flaquezas imponderables. Su carne tiene deseos contrarios a los de su espíritu; y su espíritu los tiene contrarios a los de su carne. Aprueba y ama el bien que no hace, y obra el mal que reprueba y aborrece. Impulsado por las tendencias del alma, el hombre anhela con vivas ansias ir hacia Dios; pero arrastrado por las concupiscencias de su carne, huye al mismo tiempo de Él con ciega precipitación. La virtud y el vicio se disputan sin tregua su corazón; la verdad y el error se hacen guerra a muerte en su entendimiento. Ello no cabe duda, la naturaleza del hombre está visiblemente degradada. Concebido el hombre en pecado, la corrupción y la ignorancia nacen con él; y su entendimiento tiene no sé qué afinidades misteriosas con el error, así como su corazón está inclinado al mal desde la infancia. Es necesario, pues, la gracia divina que levante, dignifique y perfeccione la naturaleza humana. Es necesaria la caridad que hermosee y santifique el alma. Es necesaria la esperanza que robustezca y comunique vida y aliento al corazón. Y es necesaria, y de todo punto necesaria, la fe que dé vigor, penetración y luz al entendimiento.

De los que, para aparecer *espíritus fuertes* pronuncian blasfemias y palabras insensatas, ha dicho profundamente Pascal: «No hay mayor cobardía que hacer el valiente contra Dios. No hay cosa que descubra mejor la cortedad del entendimiento, que el no conocer cuán grande es la desdicha de un hombre sin Dios. Y ninguna cosa manifiesta tanto una suma bajeza de corazón, que el no desear que sean verdaderas las promesas eternas».⁽⁵⁴⁾ Señores: los que vociferan con estúpido clamoreo los *conflictos* de la ciencia y de la fe, los que para echarla de sabios y de espíritus de noble independencia se atreven a decir que la fe divina pone trabas a la inteligencia humana y que la Teología esclaviza a la Filosofía y que, en fin, la Religión de Nuestro Señor Jesucristo corta las alas del genio y del hombre pensador, verdaderamente que dan muestra insigne o de refinada malicia o de grosera ignorancia, o de ambas cosas a la vez. Ellos cierran a sabiendas sus ojos abrazándose ciegamente con el error, o no saben ni lo que es la fe, ni lo que es la ciencia, ni lo que es la verdad: si lo primero, manifiestan bien a las claras la suma bajeza de su corazón; si lo segundo, descubren patentemente la cortedad de su entendimiento.

El Ángel de las Escuelas que recorrió en toda su extensión el vasto campo de la sabiduría y remontando en las ciencias metafísicas más alto que nadie su prepotente vuelo, con su mirada vigorosa, aguda y penetrativa abarcó, profundizó y comprendió el orden que maravillosamente resplandece en las diversas esferas de la verdad, demuestra evidentemente que las verdades naturales jamás pueden estar en pugna con las verdades del orden sobrenatural reveladas por Dios. En el capítulo VII del libro primero de la *Suma contra los Gentiles* el Angélico Doctor resuelve el debatido problema de las relaciones entre la ciencia y la fe, presentando cuatro magníficas pruebas las cuales, si se desarrollaran con toda la valentía, claridad y extensión de que son susceptibles, proporcionarían por sí solas argumento excelente, rico y abundante para escribir un precioso libro. Mirando a la brevedad, no haremos

⁽⁵⁴⁾ Pensamientos, cap. I.

más que indicarla casi con la misma concisión y con igual laconismo con que las expone el Doctor Angélico. En ningún caso, dice Santo Tomás, las verdades de la ciencia pueden hallarse en oposición con las verdades de la fe; y esto por las cuatro razones siguientes.

Primera. Ciencia es todo conocimiento acerca de algún objeto adquirido por demostración; demostración es la argumentación que consta de premisas necesarias y evidentemente verdaderas. En rigor ningún conocimiento es científico, si no es verdadero, y cierto, y evidente. Ante todo es necesario que haya verdad, y luego que a esa verdad asienta el entendimiento con adhesión firme y estable, y finalmente que esa adhesión y ese asentimiento sean efecto de la evidencia la cual objetivamente considerada es el resplandor vivo, enérgico y avasallador de la verdad en el objeto que hiere el entendimiento y lo arrastra y le obliga a un asenso vehemente e irresistible. Todo conocimiento de las cosas que no reúna estas condiciones, no es ciencia; no puede figurar entre las tesis rigurosamente demostradas, sino que debe relegarse al campo de las opiniones y contarse entre la hipótesis más o menos fundadas hasta tanto que se descubra su necesario enlace con los primeros principios del saber. Esto es la ciencia; y la fe es un hábito sobrenatural que infundido por Dios en el entendimiento produce en él una adhesión firme y estable a las verdades reveladas. Y aunque el conocimiento causado por la fe no es evidente, pero es cierto; y su certeza ofrece aún mayores garantías de verdad que la certeza de los conocimientos científicos. Merced al hábito de la ciencia conocemos con la luz natural de la razón la verdad intrínseca de las cosas; merced al hábito de la fe conocemos las cosas por la autoridad de Dios que nos la revela. La certeza del conocimiento científico está basada sobre la evidencia de la razón creada; la certeza del conocimiento de la fe está basada sobre la palabra de Dios. La razón creada puede faltar, la palabra de Dios permanece siempre. La evidencia va perdiendo de su claridad y seguridad a medida que el raciocinio se aleja de los primeros principios; y Dios nunca puede engañarse, ni engañarnos. De todos modos si el conocimiento adquirido por argumentación que se compone de premisas necesarias y evidentemente verdaderas, es verdadero y evidente, el conocimiento adquirido por la fe aunque no es evidente, es verdadero también. Si no es posible sospechar que sean falsas las verdades naturalmente conocidas por la razón, los misterios de la fe han sido revelados y confirmados por Dios con tal evidencia que tampoco se puede racionalmente ni siquiera imaginar su falsedad. Ahora bien: únicamente lo falso es opuesto a lo verdadero; la verdad sólo tiene por contrario al error, siendo metafísicamente imposible que una verdad se oponga a otra verdad. Luego las verdades reveladas por Dios que poseen los caracteres de certeza absoluta, no pueden en ningún caso ser contrarias a las verdades evidentemente demostradas de la ciencia.

Segunda. Dios es al mismo tiempo autor de la naturaleza y de la gracia, autor de la razón y de la fe. Los principios fundamentales del orden científico son un reflejo, una participación de las ideas de Dios; y todo lo que hay de cierto y evidente en la ciencia del hombre está comprendido eminentemente en la ciencia de Dios. De suerte que todo lo que es contrario a las verdades demostradas de la ciencia humana, lo es también a la ciencia divina, y por lo tanto no puede venir de Dios. Pero las verdades sobrenaturales traen origen

inmediato de la ciencia divina, vienen de Dios. Luego es imposible que entre la ciencia del hombre y la fe exista verdadera contradicción.

Tercera. La verdad es el bien del entendimiento; y Dios ordenó nuestro entendimiento a la verdad como a su fin y perfección. Mas nuestro entendimiento cuando es movido por impulsos o razones contrarias, se confunde y enreda en sus discursos, cae en un mar de vacilaciones y dudas, y arrastrado por fuerzas opuestas suspende el juicio sin asentir ni disentir no llegando nunca al conocimiento de la verdad. Luego si Dios ingiriese en la mente del hombre conocimientos contrarios a los conocimientos ciertos y evidentes de la ciencia, Dios se negaría a sí mismo poniendo estorbos al entendimiento humano para que no alcanzase el fin al cual Él mismo le había ordenado. Luego no puede haber verdaderos conflictos entre la ciencia y la fe.

Cuarta. Si fuera posible que Dios enseñase al hombre una verdad contraria al conocimiento natural, coexistirían conocimientos contrarios en un mismo entendimiento, a saber: el conocimiento natural, y el conocimiento ingerido por Dios en la mente. Ahora bien: las cualidades contrarias luchan y se expelen mutuamente del mismo sujeto, como la virtud excluye al vicio y vice-versa, la enfermedad expele a la salud, y el calor al frío. Pero el conocimiento natural no puede ser expulsado del entendimiento; porque las cosas que son naturales no pueden mudarse, si no cambia su naturaleza. Luego no pudiendo coexistir conocimientos contrarios en un mismo entendimiento, es imposible que Dios enseñe al hombre una verdad contraria al conocimiento natural.

Los misterios de la fe (prosigue hablando Santo Tomás)⁽⁵⁵⁾ son sobrenaturales, pero no contra la naturaleza; son incomprensibles, pero no contra la inteligencia; hállanse fuera del alcance de la razón, pero guardan admirable conformidad con todo aquello que la razón alcanza. Así pues el hombre que asiente a las verdades reveladas cautivando su entendimiento a la obediencia de Cristo, no deprime los derechos de la razón ni abjura los fueros de su nobleza, sino que elevando la razón a una esfera más alta y dilatada da a su nobleza mayor lustre y a sus derechos mayor firmeza. Apoyado entonces en la Primera Verdad y dirigido por su luz divina, entra en posesión de nuevas verdades y ensancha el horizonte de sus conocimientos. El hombre que cautiva su entendimiento en obsequio de la fe, se pone más cerca de Dios; y la razón humana en virtud de ese contacto se hace participante en cierto modo de la infalibilidad divina, porque la luz de la revelación da vigor a la inteligencia, aguza el ingenio y lo dilata:

La razón que no se somete a la autoridad divina, se suicida a sí propia; y la Filosofía que se levanta altanera contra la ciencia de Dios, está condenada a morir. El racionalismo concediendo a la razón del hombre una infalibilidad absoluta que no tiene y un poder infinito

⁽⁵⁵⁾ Homo dun credit, rationem non abnegat, quasi contra ea faciens; sed eam transcendit, altiori dirigenti innixus, scilicet Veritati Primæ, quia ea quæ; fidei sunt, elsi supra rationem sunt, tamen non sunt contra rationem. Ea autem quæ supra hominem sunt, guærere, non est vituperabile sed laudabile; quia homo debet se erigere ad divina quantumcumque potest.—Comment. in lib. III Senten. distinct. XXIV. guæst. 1ª. art. 3.º

que es propio de Dios, la deja caer agonizando en brazos de un escepticismo desesperante y de un nihilismo científico aterrador.—Yo razón no puedo ni aun conocerme a mi propia, pues no soy sino un sueño en el sueño mismo soñado: hé aquí la última conclusión a que llegó Fichte, uno de los más ilustres representantes de la Filosofía independiente y rebelada contra la Teología. El hombre que deja volar libremente su pensamiento, le corta sus vuelos; sacudiendo el yugo suave y saludable de la fe, se hace supersticioso y esclavo del error; separando a la Filosofía de la obediencia a la Teología, acaba por negar toda Filosofía; y comenzando por ensalzar los derechos de la razón, concluye por llamar a la razón sueño y quimera. El orgullo aparta de Dios; y el castigo del orgullo son las tinieblas.

No; la fe divina no coarta los bríos de la razón natural, sino que los acrecienta y dirige; no abate el vuelo de la inteligencia, sino que lo encumbra más y más dándole vigor y pujanza. Cuando el hombre llegando a los límites de la ciencia, se siente desfallecer no viendo en torno suyo más que dudas, oscuridad y tinieblas, entonces las verdades de la Revelación, cual ángel bajado del cielo, vienen a iluminar súbitamente sus caminos, y le trasladan en el terreno mismo de la ciencia a regiones antes desconocidas.

Creemos para entender: y la fe, como dice S. Anselmo,⁽⁵⁶⁾ viene en busca del entendimiento para guiarle, y conducirlo, y servirle de sostén y salvaguardia en sus especulaciones. La fe divina es complemento de la inteligencia humana; pues que iluminándola con sus inefables resplandores hace que el hombre, entre en posesión de mayor número de verdades, en más breve espacio de tiempo, con ahorro de mucho trabajo y sin mezcla ninguna de error. La fe esfuerza e ilumina a la razón, la levanta, la sublima y fortalece; y las verdades reveladas, objeto de nuestras creencias, son para la ciencia del hombre, y señaladamente para la Filosofía, corona de oro esculpida con sello de santidad.

Bacón lo ha dicho, y la autoridad de un escritor cuya celebridad data principalmente desde los tiempos de Voltaire y D'Alambert, no deja de ser decisiva y de peso en semejante materia. Comentando aquellas palabras de San Pablo a los Corintios «*scientia inflat, charitas autem aedificat*» en un momento de lucidez y de cordura escribió estas profundas sentencias: «La fe es el antídoto contra las debilidades de la razón: las verdades sobrenaturales de la revelación mezcladas con nuestros conocimientos, los templan, moderan y hacen fecundos y saludables: la Religión es el aroma de las ciencias».⁽⁵⁷⁾ Innegable y profunda verdad que la historia se ha encargado de demostrar hasta la evidencia. La Religión es el aroma de las ciencias: deseched sus enseñanzas, y las ciencias se corromperán. Apagad la antorcha de la revelación, y la sabiduría de los sabios será confundida. Que la razón humana pretenda sustraerse audazmente a la divina autoridad, y la sabiduría del hombre habrá dejado de ser aquella sabiduría que desciende de arriba, casta, pacífica, modesta, dócil, concorde con todo lo bueno, llena de misericordias y de excelentes frutos de buenas obras, para convertirse, corrompiéndose, en aquella sabiduría terrena, animal y diabólica, sensual y activa y codiciosa

⁽⁵⁶⁾ Fides quærens intellectum.—*Proslogium*, proem.

⁽⁵⁷⁾ Has antidotus, sive aroma (cujus mixtio temperat scientiam, eamque saluberrimam efficit) est charitas etc.—*De dignit. scient.* lib. 1.º

de los bienes terrenos que lleva consigo las envidias y contiendas y encierra en su seno el germen maldito de las revoluciones sociales y de toda obra mala.⁽⁵⁸⁾

Sí, señores; ¿se atenta a la vida de los reyes y saltan, hechos astillas, sus tronos? ¿Reinaría por todas partes la anarquía, y socabado por sus cimientos el derecho y la justicia, camina presa del desorden la sociedad humana a la perdición y al abismo? Pues es que va arrastrada por la corriente de las malas doctrinas; es que los pueblos han sido engañados por los falsos halagos de la vana filosofía. La cultura y civilización procede principalísimamente de las ideas; lo que valen y son las ideas, eso es y vale el hombre; cuales son los hombres instruidos, tal es la sociedad; y como entre las ideas, las fundamentales y más influyentes por su trascendencia e importancia son las filosóficas, bien puede asegurarse que cual es la filosofía predominante, eso son las naciones y eso la humanidad. «No se puede negar al menos, dice Balmes, que en el orden intelectual los filósofos son la parte más activa del humano linaje. Cuando todos los filósofos disputan, disputa en cierto modo la humanidad misma»⁽⁵⁹⁾. «Los filósofos, añade el Sr. Obispo de Córdoba, sin ser los autores exclusivos del progreso humano, son y merecen apellidarse sus precursores naturales y contribuyen a acelerar su movimiento».⁽⁶⁰⁾

¡Cosa notable, señores, y que nunca debe echarse en olvido! Nuestras desgracias y los males que afligen a las naciones civilizadas, arrancan siempre de un deseo desordenado de saber; y cuando el mundo huye de Dios y pretende esconderse de la presencia del Señor, no lo dudéis, es porque ha comido del fruto vedado del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pues siendo natural al hombre que en el obrar tenga a la razón por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae también en lo mismo la voluntad. Los sentimientos corresponden a las ideas; y el corazón al entendimiento; y las costumbres a las doctrinas. Sentimientos innobles son el reflejo de ideas torcidas; corazón maleado, lo es de inteligencia extraviada; y la perversidad de las opiniones cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las perverte. La historia, testigo de lo pasado, aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir, enseña que al libre pensamiento suceden los costumbres libres o sea el libertinaje; y tiene además demostrado que a los sofistas siguen los verdugos, y que Marat, Danton y Robespierre no llegan nunca sino en pos de Voltaire y de la Enciclopedia.

Declarada infalible la razón humana y despreciado el depósito de las verdades de la fe intentando gozar así completa autonomía, la Filosofía despojada ya de su corona de reina, sin la aureola de aquella luz celestial que ornando sus sienes alumbraba sus ojos y guiaba

⁽⁵⁸⁾ JACOB. *epist. cap. 3.º*—Non est, enim ista sapientia desursum descendens; sed terrena animalis. diabolica; ubi inconstantia et omne opus pravam.—Quæ autem desursum est sapientia primum quidem pudica est, deinde pacifica, modesta, suadibilis, bonis consentiens, plena misericordia, et fructibus bonis.

⁽⁵⁹⁾ Filosóf. fund. lib. 1.º cap. 1.º

⁽⁶⁰⁾ P. ZEFERINO. Hist. de la fil. prol.—Non modo privatam hominum vitam, sed ipsam publicam societatem depravari aut honestam esse sæpe conspiciamus prout Metaphysica (quam longe ab humanis moribus inducti putant) falsa aut vera in scholis decreta pronuntiat.—LIBERAT. Insiil. philosophiæ Ontolog. Introductio.

sus pasos, necesariamente habrá de quedar rodeada de tinieblas y oscuridad; y atormentada por el mal de la duda, echada en brazos del escepticismo, que es la muerte de la inteligencia, andará a tientas fabricando sistemas los más absurdos, y ofreciendo al mundo como salvadoras verdades, delirios los más extravagantes y errores los más insensatos y perniciosos. Ciertamente que el sentido común de las muchedumbres es a las veces más cuerdo y más poderoso que la mentida filosofía de los sabios; pero no es menos cierto que cuando Dios deja de su mano a las naciones, los pueblos se ven envueltos y arrastrados por el torrente devastador de las revoluciones sociales; y las revoluciones sociales son el eco y la explosión espantosa de las revoluciones intelectuales habidas en las regiones de la ciencia, son en una palabra los delirios de la sabiduría terrena, mundana y diabólica escritos con caracteres de sangre y fuego sobre la ruina de los imperios.

Leemos en la Escritura Divina que: « quien siembra vientos, recogerá tempestades. »⁽⁶¹⁾ Sembrada la zizaña de perversas doctrinas, cuando merced a los esfuerzos de los Novadores del siglo XVI agradó filosofar sin respeto alguno a la fe, con plena licencia de dejar volar el pensamiento según el capricho y genio de cada uno, el tiempo la ha hecho germinar; y las edades posteriores, y muy particularmente la edad presente, está recogiendo sus amargos y venenosos frutos. El error tiene también su lógica como la tiene la verdad; y así cuando veáis levantarse públicamente en alguna nación la cátedra del error, temed por aquella nación desventurada, porque a la corta o a la larga no faltará quien traslade en cuerpo y alma al terreno de los hechos los errores enseñados en las aulas; y como nadie puede contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante, la muerte ¿qué podrá engendrar sino la muerte? Pues qué ¿no han sido los errores del panteísmo, y del racionalismo, y del materialismo, y del liberalismo y del socialismo los que bajando de las altas regiones de la Filosofía, y penetrando luego en el campo de la política, y encarnándose después en las costumbres de la sociedad civil y doméstica, han llenado la tierra de quebranto, desolación y estrago? Señores, el mundo ha comido del árbol de la ciencia del bien y del mal, y por sola esta causa huye a esconderse de la presencia de Dios.

Así lo ha comprendido Nuestro Santísimo Padre León XIII, cuando desde la cima de aquellas siete colinas que dominan los siglos y el mundo, echando una mirada sobre lo pasado, sobre lo presente y sobre lo porvenir, descubrió que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas emanadas hace tiempo de las escuelas de los filósofos se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el común sufragio de muchos.⁽⁶²⁾ Y para contrarrestar tantos males y volver la paz a las naciones perturbadas, el augusto Representante de Dios sobre la tierra ha fijado especialmente

⁽⁶¹⁾ Quia ventum seminabunt, et turbine metent. – OSEAS, *cap.* 8v. 7.

⁽⁶²⁾ Si quis in acerbitem nostrorum temporum animum intendat, earumque rerum rationem, quæ publice et privatim geruntur, cogitatione complectatur, is profecto comperiet, fecundam malorum causam, cum eorum quæ premunt, turn eorum quæ pertimescimus, in eo consistere, quod prava de divinis humanisque rebus scita, e scholis philosophorum jampridem profecta, in omnes civitatis ordines irrepserint, communi plurimorum suffragio recepta. — *Æterni Patris.*

su atención en los centros de enseñanza, oponiendo a la ciencia que blasfema, la ciencia que adora; a la sabiduría diabólica y terrena, la sabiduría celestial y divina; a la vana y falaz Filosofía, la Filosofía sólida y verdadera.

La reacción comienza por donde ha empezado la enfermedad: por la ciencia. Restaurada la Filosofía en las escuelas, las ciencias todas y las artes liberales quedarán naturalmente restauradas marchando siempre al compás de la ciencia reguladora; y sano el entendimiento del hombre y apoyado firmemente en sólidos y verdaderos principios, producirá para el bien público y privado innumerables beneficios. Entrará luego en cauce la política inspirándose en las máximas del Evangelio y en la mansedumbre del espíritu cristiano, y se restablecerá el orden en el seno de las naciones, y reinará la paz en las familias, y habrá bienestar y tranquilidad para los pueblos. En una palabra: viniendo la verdad por los mismos caminos que ha recorrido el error, la verdad nos hará libres y la abundancia del bien sobrepujará a la abundancia del mal.

Pues bien, señores: sabéis cuál es esa sabiduría verdaderamente de oro que para defensa y gloria de la fe católica, bien de la sociedad e incremento de todas las ciencias el Vicario de Jesucristo exhorta encarecidamente que se renueve y propague en todas partes. Sabéis cuál es esa filosofía en la que los Obispos, las Academias y los sabios más distinguidos del mundo católico aseguran haber reconocido un poder y una eficacia singular para remediar los males que pesan sobre nuestro siglo.⁽⁶³⁾ Esa sabiduría es la síntesis de la ciencia divina y humana; y esa Filosofía es a la vez la apoteosis más grandiosa de los derechos de la fe y de los derechos de la razón. León XIII lo ha dicho: «Distinguiendo, como es justo, la razón de la fe, y asociándolas sin embargo amigablemente, conservó los derechos de una y otra, y miró por su dignidad de tal suerte que la razón elevada en alas de Tomás a su mayor altura ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede esperar de la razón mayores o más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás».⁽⁶⁴⁾

Así es, en efecto; si no hay verdad que el Doctor Angélico no haya comprendido a fondo ni error que no haya completamente refutado; si después de haber conseguido Él solo deshacer los errores de los tiempos pasados, suministró armas invencibles para reducir a polvo a los que habían de surgir en los siglos venideros; si enriqueció la ciencia con tan prodigioso número de verdades y las ordenó con tanta belleza que no es concedido sobrepujarle, es porque en sus escritos la inteligencia iluminada en sus caminos por la antorcha de la fe y marchando siempre las dos de común acuerdo, arrancaron a la naturaleza cuantas verdades

⁽⁶³⁾ In doctrinis thomisticis eximiam quamdam inesse præstantiam, et ad sananda mala, quibus nostra premitur ætas, vim virtutemque singularem.—Breve *Cum hoc sil.*— Vos mimes quam enixe hortamur ut catholicæ fidei tutelam et decus, ad societatis honum, ad scientiarum omnium incrementum *auream* Sancti Thomæ Sapientiam restituatis et quam latissime propagetis.—LEO XIII *Æterni Patris*.

⁽⁶⁴⁾ Præterea rationem, ut par est, a fide apprime distinguens, utramque tamen amice consocians, utriusque tum jura conservavit, tum dignitati consuluit, ita quidem ut ratio ad humanum fastigium Thomæ pennis evecta, jam fere nequeat sublimius assurgere: neque fides a ratione fere possit plura aut validiora adjumenta præstolari, quam quæ jam est per Thomam consecuta.—*Æterni Patris*.

se propuso investigar apoderándose con valentía de sus más profundos secretos. La Filosofía de Santo Tomás es universal, sólida é incontrastable en sus principios; fecunda, verdadera y científica en sus conclusiones; sencilla, fácil y clara en su exposición y método; armónica y de consonancia admirable en sus partes, y llena de majestad y grandeza en su conjunto; porque en esa Filosofía están puestas de manifiesto y de relieve las bellezas de la fe, y las magnificencias de la razón, y las incomparables armonías que entre ambas existen y deben reinar y resplandecer.

La Ontología de Santo Tomás es sublime, digna y elevada; y su Cosmología acabada, magnífica, y grandiosa; y su Psicología llena de profundidad, de sagaz delicadeza, de solidez y perfección; y su Ideología luminosa, completa en su desarrollo y rica de verdades; y su Teodicea excelente, encumbrada y verdaderamente divina; y su Moral y su Política santa, purísima, y sin tacha, y de miras nobles y desinteresadas. Y es que al investigar su razón las grandezas de Dios, y la naturaleza del hombre y sus destinos, y las maravillas del universo, la Revelación sobrenatural le salió al encuentro en sus caminos, y la sublimó y engrandeció por mil maneras, y esparció luz por todas las cuestiones, haciéndole hablar de Dios como si le hubiese visto, y del hombre como si leyera las secretas relaciones del alma con el cuerpo, y del universo como si hubiera asistido a su creación.

La Filosofía de Santo Tomás es la Filosofía descrita y retratada por Boecio: es la Filosofía que pide enseñanzas al cielo, y recibe de las verdades reveladas su inspiración y su luz, y se deleita en la contemplación del rostro de Dios, teniendo siempre fija en Él su mirada.

Santo Tomás es y será siempre un testimonio imperecedero, vivo e indestructible de la intrínseca y necesaria armonía entre la fe divina y el entendimiento humano.

Ni la luz puede oponerse a la luz, ni la Revelación contradecir a la ciencia. La ciencia es una revelación natural de nuestro entendimiento; y la Revelación sobrenatural es un rayo de la ciencia de Dios. La razón natural es una antorcha Divina que luce con encendidos fulgores en el fondo de nuestras almas y penetra todos los secretos del interior; es una centella caída del rostro de Dios y grabada sobre la frente del hombre; es el ojo de Dios puesto sobre nuestro corazón; es una participación del Verbo eterno, Luz increada, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. La fe, firme persuasión de las cosas que se esperan y convencimiento de las cosas que no se ven ⁽⁶⁵⁾, aunque rodeada de misteriosa oscuridad, es también un destello clarísimo que procede del Verbo de Dios; es una exhalación emanada de la gloria y claridad de Dios Omnipotente; es una antorcha que brilla con inusitados resplandores en este lugar de tinieblas, a la cual hacéis bien en mirar atentamente hasta tanto que amanezca el día y la estrella de la mañana nazca en vuestros corazones⁽⁶⁶⁾. Esto es, hasta que esclarezca el día de la gloriosa eternidad y quede desvanecida la nube de la fe, siendo ésta reemplazada con

⁽⁶⁵⁾ Ad HEB. 11 v. 1: Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apperentum.

⁽⁶⁶⁾ 2.º Petri cap. 1.º V. 19: Habeeus firmiorem propheticum sermonem: cui bene, facitis attendentes quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat, et lucifer oriatur in cordibus vestris.

la visión clara de Dios. De esta manera la lumbre de la fe es aumento y perfección de la lumbre de la inteligencia; y la lumbre de la gloria será galardón y término de la lumbre de la fe; y la gloria, y la fe, lo mismo que la inteligencia, son dádivas excelentes y dones perfectos, que descienden del Padre de las lumbres en quien no cabe mudanza ni sombra de variación. Entonces cuando la fe después de haber ennoblecido y sublimado la ciencia con la luz de su divina oscuridad, sea recompensada con los eternos resplandores de la gloria, entraremos en posesión de la ciencia verdaderamente trascendental; porque viendo a Dios cara a cara como es en sí, veremos tales cuales son en sí todas las cosas en Dios.

¡Dios! Dios es la perfección viviente, y sin Él nada hay perfecto ni verdaderamente grande. En el orden de la naturaleza como en el de la gracia, en el orden de la verdad como en el de la bondad y belleza todo crece, se eleva y perfecciona a proporción que se aproxima a Dios; y todo mengua, desciende y se empequeñece a medida que se aparta de Él. Cuando las ciencias se alejan de Dios, disminuyese al punto el número de verdades entre los hijos de los hombres. Cuando las bellas artes no beben su inspiración en las grandezas de Dios, luego sufriendo menoscabo arrastran por el lodo su manto celestial. Dios, pues, en las bellas artes; porque Dios es soberana Hermosura, y en Él está la fuente y el origen de todas las cosas hermosas. Dios en las ciencias; porque Dios es Verdad increada y Sabiduría suprema, y a su Esencia divina imitan, recibiendo de ella el ser, todas las cosas verdaderas. Y sobre todo, Dios en la inteligencia y en el corazón de los sabios; porque Dios es «Aquel sin cuya voluntad no puede salir de nuestra boca una palabra profundamente sentida; Aquel sin cuya inspiración no puede brillar en nuestro espíritu una idea luminosa, ni un pensamiento de verdad y de libertad alumbrar nuestra alma» ⁽⁶⁷⁾. Porque Dios es el Dios de la verdad, de la bondad y de la belleza a quien los sabios deben consagrar sus deseos y pensamientos, y a quien deben bendecir, adorar y glorificar las ciencias con todos sus adelantos y las artes con todos sus progresos.



⁽⁶⁷⁾ SCHELING, *Discurso* pronunciado en la apertura de su curso de Filosofía en Berlin el 15 de Noviembre de 1841.- Citado por Balmes.